

poesía moderna



[poetas]

tabasqueños



ØBM  
5

134461

antología

1971







**ANTOLOGIA MODERNA  
DE  
POETAS TABASQUEÑOS**



ANTOLOGIA  
*moderna*  
*de* POETAS  
TABASQUEÑOS

*Dibujos de*  
JOSE MAYA

*Prólogo, selección y notas de*  
MARCO ANTONIO ACOSTA

---

*Ediciones de la* UNIVERSIDAD  
JUAREZ AUTONOMA DE TABASCO

Primera Edición

FT  
861.084  
AS63  
EJ-2  
NT-134461

Derechos Reservados conforme a la ley

© 1971 Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Difusión Cultural

*Impreso y hecho en México*  
*Printed and made in Mexico*



*A JOSE CARLOS BECERRA  
IN MEMORIAM*

205776



## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ESTA ANTOLOGIA

La existencia de antologías, y en especial, las de nuestro medio castellano, significa, por un lado, la proliferación del genio colectivo y, por el otro, la forma como se manifiestan. Una antología, en su significación griega, sería la selección de poemas conductores de poesía, esto es, la flor que testifica la existencia de la planta.

Pero no todas las antologías llenan estas exigencias. La mayoría parte de un criterio cronológico-histórico; las pocas, de un criterio estético sujeto a los grupos, tendencias y estilos de una época.

Esta Antología Moderna de Poetas Tabasqueños se ha propuesto incluir a todos, esto es, a los que han roto con lo caduco de la tradición y se han acercado a la modernidad sin desvalorar a la propia tradición. Acerca de este aspecto importante de la función de la Literatura Española, Luis Cernuda discurría en el sentido exclusivo de que "en toda expresión poética, en toda obra literaria y artística, se combinan elementos contradictorios: tradición y novedad".

Por otra parte, Octavio Paz reconoce que: "Querer ser moderno parece una locura: estamos condenados a serlo, ya que el futuro y el pasado nos están vedados," debido a que la historia y el futuro, también para Sartre no son válidos, puesto que el hombre "es un ser siendo aquí y ahora".

Mas "la modernidad no consiste resignarse a vivir este ahora fantasma que llamamos siglo XX. La modernidad es una decisión, un deseo, un deseo de no ser como los que nos antecedieron y un querer ser el comienzo de otro tiempo". La ruptura pues, es un cambio de animaciones que el poeta debe atraer hacia su obra, ya que significa la decisión de un deseo de romper con el pasado, estar siendo y proyectarse tanto al futuro como al presente. Pero se rompe con el pasado de la manera en que un fruto rompe con un árbol. El fruto que es el poema, y la poesía, la juventud eterna del árbol. Octavio Paz considera después que: "La modernidad afirma que el instante es único porque no se parece a los otros: nada hay nuevo bajo el sol, excepto las creaciones e inventos del hombre que cambia cada día". "No repetición sino inauguración, ruptura y no continuidad. La tradición moderna es la tradición de la ruptura. Ilusoria o no, esta idea enciende al

joven Rubén Darío y lo lleva a proclamar una estética nueva. El segundo gran movimiento del siglo se inicia también como ruptura: Huidobro y los ultraístas niegan con violencia el pasado inmediato”.

Lo afirmado antes parece negar a la misma tradición: la castellana. Pero no es así porque se está negando la arterioesclerosis de las formas y nunca el espíritu. Rubén Darío niega el pasado porque él mismo ha leído a los clásicos, a los poetas modernos de su tiempo y se ha llenado de ellos. Si por elección previa sentimos e ideamos en español, por elección propia inauguramos un nuevo sentir y un nuevo pensamiento. A esa fase moderna del pensamiento y del sentir poético es a la que se refiere Paz cuando dice: “La poesía de los Mexicanos es parte de una más vasta tradición: La de la poesía de lengua Castellana escrita en Hispanoamérica en la época Moderna”. Esto es, que ya España no nos interesa como tradición castiza sino como oposición a lo americano que tiende a lo universal en vez de lo particular español. Este aspecto lo plantearon claramente los escritores de la generación del 98 español, al sufrir en cuerpo y alma la separación de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Filipinas, momento que coincide con la llegada de Rubén Darío a España, quien habría de influir en esa generación.

Ahora bien, el criterio de esta antología es presentar la novedad como tradición y la tradición como novedad, ya que lo escrito por los poetas seleccionados, se escinde por completo de la Literatura Española en cuanto forma y temática, reafirmandose al tomar esa misma tradición como movimiento presente; de lo contrario, la novedad de Lope de Vega o Tirso de Molina o Góngora, para citar algunos ejemplos, perdería interés y distanciamiento. Sobre este tema hay mucho que decir y podría hacerse un estudio consciente sobre la aportación lírica de los poetas prehispánicos, ahora rescatados del olvido por el Dr. Angel María Garibay en su Literatura Nahuatl, y en “13 poetas del mundo nahuatl” de Miguel León Portilla. Esta poesía, de una manera subrepticia, emerge a la superficie, en forma original y auténtica. No debe descartarse por eso su portentosa influencia en la poesía mexicana. En el teatro de Juan Ruiz de Alarcón como la poesía y el teatro de Sor Juana Inés de la Cruz, se hace presente, así como también en la obra de Ignacio Manuel Altamirano en el siglo pasado, al replantear éste una Literatura Nacionalista. El grupo de “Contemporáneos” todavía proyecta con más vehemencia la influencia de esta poesía nahuatl en temas de la vida y la muerte, tan particularmente tratados por

Gorostiza, Villaurrutia, Owen, Novo, y en la siguiente generación, Octavio Paz y Efraín Huerta, donde el elemento patético de la muerte adquiere un contenido dramático de sentido existencialista.

Por eso, al decir que incluimos a todos los poetas modernos tabasqueños, queremos expresar precisamente esa modernidad y esa deferencia de la tradición castellana e hispanoamericana, esto es, la ruptura que implica el rompimiento con una tradición anquilosada en sus formas como en su contenido filosófico atrasado. Y abrimos las puertas a la novedad de una tradición verdadera que se continúa, aunque se proceda por rupturas de orden semántico en lo que atañe a los cambios operados en el lenguaje estético; que se refiere además a la exposición novedosa de las ideas a través de la imagen poética.

Este criterio justifica en parte la labor antológica, pero no es así. Hay que tomar en cuenta que el pueblo tabasqueño así como su geografía, por impulso propio y naturaleza, es el creador de paisajes idiomáticos de variedad irresistible para el poeta. Y no se trata de formas antiguas como un referirse a hacer una poesía lugareña.

Creo que hay que decir otra cosa más referente a la aparición de esta antología que ranta falta hace en nuestro medio: el primer intento de lograrla se debe al poeta Tomás Díaz Bartlett, quién no vio realizados sus deseos, estrangulados estos por la realidad de su muerte prematura. Ahora, esta antología significa el reconocimiento al poeta José Carlos Becerra.

*Carlos Pellicer* y José Gorostiza son dos realidades poéticas en la poesía mexicana: participan en la creación del grupo llamado "Contemporáneos". Ambos son representativos de dos actitudes diferentes: la inspiración lírica solidarizada con la luz y el paisaje; y la intuición poética intelectualizada, que interpreta el paisaje abstracto del pensamiento.

La poesía de Carlos Pellicer ha sido comentada por críticos de distinta índole intelectual, pero en general todos concuerdan en que es el producto de una concepción natural idealizada que toma en cuenta al sol como colaborador de Dios, y a Dios como inspiración de la poesía y aspiración del poeta. Para cantarle, toda la fuerza del paisaje se transforma en un pueblo organizado: las flores platican, susurran; los árboles caminan, hacen cosas, juegan; dialogan las casas, bajan a las faldas de los cerros; el lagarto es un perro aplastado; la guanábana es el semen de los trópicos.

Esta reivindicación del paisaje lleva su propia invención poética a nivel del lenguaje. Para Carballo adquiere su poesía una connotación semántica "novísima". Efectivamente, cada palabra pertenece a un grupo de palabras

cargadas de un significado cambiante que transforma al poema, esto es, que contribuye al funcionamiento de la luz: "por fuerza hidráulica, el nopal multiplica la luz". De manera que, el lector, tiene ante sus ojos una realidad que cambia y toma otro significado en su mentalidad. La idea de una poesía que nazca en el momento de su lectura, no es una aspiración ideal, sino una realización lograda por Carlos Pellicer. Su contribución a la poesía mexicana moderna es, pues, altamente significativa, si se considera "en movimiento" la palabra, que, salta de lugar a la manera de un oleaje marino que cambia de tonalidades y formas según el viento o la luz del sol o de la luna.

Carlos Pellicer no es tan sólo renovación del lenguaje o simple invención del paisaje; es la naturaleza con todos sus paisajes habidos y por haber, íntimamente ligada a otros paisajes subterráneos del corazón, donde mora el amor de Dios y de la vida: canta sin cesar el cambio de la vida y el amor del hombre, trabajador de Dios en la tierra.

Hay en su poesía un cielo místico que da sentido a los paisajes. Junto a ese vuelo místico que se puede dibujar en el cielo a través de las líneas que forman las aves, Vasconcelos escribe al respecto: "Describir un paisaje es un sacrilegio semejante al de los teólogos que discuten los atributos de lo divino, pero Pellicer, como buen místico, crea sus paisajes y nos deja para siempre en la memoria, sus tardes de los pueblos colombianos en las playas brasileras y otros panoramas con profundidades en el tiempo y en la historia". Para Antonio Caso, sería el auténtico artista, comparado con la vida de Cristo, porque para él el verdadero artista está exento de egoísmo y por lo tanto es el intérprete de las cosas bellas.

La concepción del amor en la poesía de Carlos Pellicer tiene una parte mística como indicamos, pero hay otra pagana: surge como un árbol o una fruta pudriéndose en el suelo. El poeta visto así llora con imágenes, se lava el corazón con metáforas. Es la hora de la confesión con la amada, la hora de la culpa, la hora del fracaso. Por más que busquemos el erotismo sensual de los poetas orientales o la intelectualización del amor por los poetas europeos, erraríamos con desventaja para la comprensión de su poesía, porque su amor está lleno de luz de la tarde o de oscuridad de la selva. Así lo confirma *Hora de junio y Recinto*.

*José Gorostiza* es el representante de una actitud crítica en la poesía mexicana. Sacude al lector con interrogantes, toma elementos como el agua

y el fuego y el vaso para sintetizar la presencia del mar y el pensamiento en la tierra y en el cielo: son estos elementos necesarios para la comprensión de su poesía. Pero además, equivalen al estilo y al contenido poético en la obra artística, esto es, al lenguaje de la forma y el fondo. Ser y manifestación: ambas connotaciones expresan un movimiento de relación, un compromiso natural y fatalista: el agua toma la forma del vaso que la contiene. La vida toma forma de la muerte que la contiene: temas de hoy y de siempre, que en su momento crítico y en el tiempo en que se dice, adquieren dimensiones metafísicas. Es decir, que lo más importante aquí sería el valor del tiempo, o sea, que todo o toda actitud es cuestión de tiempo.

Respecto a la significación del tiempo y la muerte, Octavio Paz se expresa: "Muerte sin fin es el poema de lo temporal, como su nombre mismo lo proclama, pero su lenguaje es resplandeciente, escultórico y abstracto. Es el poema de la palabra al mismo tiempo que de su destrucción. Himno, es también discurso; canto, es demostración; sátira, es alegría. Canta la muerte de la forma en versos de tal belleza que la glorifican. Es un poema filosófico que implica el triunfo de lo irracional; vitalista, el de la muerte".

*José Carlos Becerra* ha dejado de escribir definitivamente. Tomás Díaz Bardlett pasó su vida en una cama paralítico, agujoneado por el dolor y la cercanía de la muerte. José Carlos Becerra, vivió de una esperanza, lleno de juventud e imaginación por la vida, sin pensar en la muerte, pero deseándola íntimamente. Su muerte confirma la filosofía de Camus y la fugacidad poética de Rilke. Su poesía, de un impresionismo romántico en el fondo, no es la manifestación de una tendencia, sino la de una manifestación del ser en su incesante lucha de trascendencia. Pero los ojos que han visto nacer al poeta son los ácidos ojos de nuestro tiempo, los de los grandes poetas mexicanos: "Pellicer, Paz, los poetas norteamericanos contemporáneos".

Una plaqueta "Oscura palabra", elegía patética de su madre, y después "Relación de los hechos", dan testimonio de su paso. Se espera además la edición de sus obras completas.

Según la opinión de Carlos Monsivais, *Relación de los hechos*, es un libro fundamental para "la poesía mexicana de los últimos años", ubica al poeta entre las nuevas generaciones, y en un medio idiomático: el del castellano hispanoamericano expresado con "estados de ánimo" y luego "Como

firme voluntad decidida". Surge aquí una consideración formal del lenguaje que implica una toma de conciencia con el hombre de nuestro tiempo, orteguiano, que, a la vez lo vincula violentamente con una búsqueda en el orden estético.

Hay muchas zonas que más tarde descubrirán sus críticos pero basta aquellos "estados de ánimo" de que habla Monsivais, que no son otros que aquellos airados momentos de la injusticia a escala mundial.

Carlos Pellicer, amigo personal del poeta, ha dicho: "Poeta grande en cuya monótona sonoridad escuchamos lo más hondo de la experiencia". En suma, su poesía, significa un intento de renovación, para transmitir así un nuevo goce a los sentidos humanos.

El lugar de *Tomás Díaz Bartlett* en la poesía mexicana es singular. Surge su poesía de una consumación de dos tendencias: la paisajista de tonos líricos y aquella que sacude con sus ideas críticas y patéticas los ánimos y la fe del lector moderno. En un principio, su admiración por el paisaje pellicereano lo lleva a plasmar estados líricos de la geografía en "Bajamar", libro que mereció comentarios favorables de los críticos; más tarde vino la influencia a su poesía —de una enfermedad que lo postró para el resto de su vida— de un dolor corporal que de tan grande se transformó en metafísico. Esta influencia hizo emerger una actitud nueva en el poeta que se tradujo en una voz de aliento social; que retoma del paisaje vallejiano-nerudiano acentos peculiares.

El nuevo domicilio poético de Bartlett es pues un producto de su circunstancia histórica y patética. Por esto Tomás expresa rasgos esenciales como los del hombre en su lacerada situación moral y social, mezclada a una situación optimista de su vida. Así surge "Con displicencia de Arbol", libro que registra un extraño mundo poético expresado en un lenguaje coloquial. A su muerte, algunos amigos le publicaron en un libro, "Oficio de Cadáver", poemas que se pudieron salvar del olvido. El libro es el más patético; su nombre lo enuncia. En él se cuestiona un existencialismo del ser en su angustia profunda por expresar la alegría de la vida y el amor a la vida en forma dolorosa. En la consecución de un estilo propio, Tomás llegó a desprenderse de adjetivos y verbalismos decorativos, para dejar el pronombre en su dimensión patética. Aún más, su poesía se desnuda de la copia literaria para servir mejor al fondo, pero al hacerlo, encuentra un lenguaje anímico sensibilizado por la presencia de la muerte



y el dolor, elementos estos confirmadores de la vida, y proyectores de una existencia superior a las circunstancias personales. Tomás llega a la poesía en forma lírica, es cierto, pero ese lirismo se agudiza expresando una patética del ser. De esa forma toca los grandes temas de la poesía actual del hombre.

Si detenemos nuestra atención en la poesía de *Ramón Galguera Noverola*, encontraremos que existe una posición ante la vida por las cosas del hombre. Hay una preocupación ontológica y una búsqueda de sus orígenes. Pero, ante todo, se manifiesta una atmósfera de amargura concentrada, un juego verbal que se identifica con el poeta en sus momentos poéticos.

Allá en la infancia, es probable que este juego haya tenido su inicio. Se dice: la amargura es un estado de ánimo; también es una postura filosófica. Las dos aclaran la posición de este poeta que se hizo en un medio tropical, donde el agua, el cielo, el sol y sus derivados, tienen una carga simbólica para explicarse al hombre como testimonio de la vida.

El poeta ha preferido el diálogo, la conversación. La lectura de alguno de sus poemas nos transporta de inmediato a un estado familiar del hombre; actitud ésta adoptada en un lenguaje que nos comunica de un estado íntimo que solamente debe ser conversado entre pocos. Es más, hasta la manera de vivir aislado en una ciudad como el D. F., sirve de ejemplo para subrayar ese tono coloquial que imprime a su poesía, y también para explicar el secreto mundo solitario, la amargura y la tristeza que se expresan en su obra como formas de denuncia privada.

Se tiene la certeza de que su poesía escarba en los sueños, una pesada carga dolorosa; no interpreta sueños, es cierto, pero el elemento onírico viaja en sus versos hacia los orígenes de ese hombre compuesto de alcohol, nostalgia e ingenuidad; a veces ese hombre se confiesa, y cuando vuelve la mirada al mundo tiene la sensación, la seguridad de estar proscrito, condenado por la sociedad.

Hay en estas exploraciones de lo que podría llamarse "corazón diario de un hombre", un deseo de regresar algo o devolverlo en una forma poetizante; un deseo que también es regreso, lo que se llama nostalgia de algo que se extraña. Por este camino, el poeta siente y habla con una voz y un sentimiento románticos. La influencia de este postromanticismo puede explicarse por la lectura de ciertos poetas modernos que han asimilado a Hölderlin o a Novalis o a Baudelaire; ya que la poesía de Ramón Galguera Noverola encuentra más de un contacto con estos poetas.

Hay influencias del paisaje y del mayor poeta lírico del color y la luz: Carlos Pellicer; pero esta influencia se manifiesta en ciertos giros que posteriormente el poeta ha superado. Lo que sí hay de real, es la directa influencia del paisaje que no es visto con alegría, ni colores saltarines y transparentes. Es el paisaje del sueño, el plomo de la angustia dulcísima, la sutilidad del sentimiento que se tiñe de una inquietud desconocida y urgida de expresión.

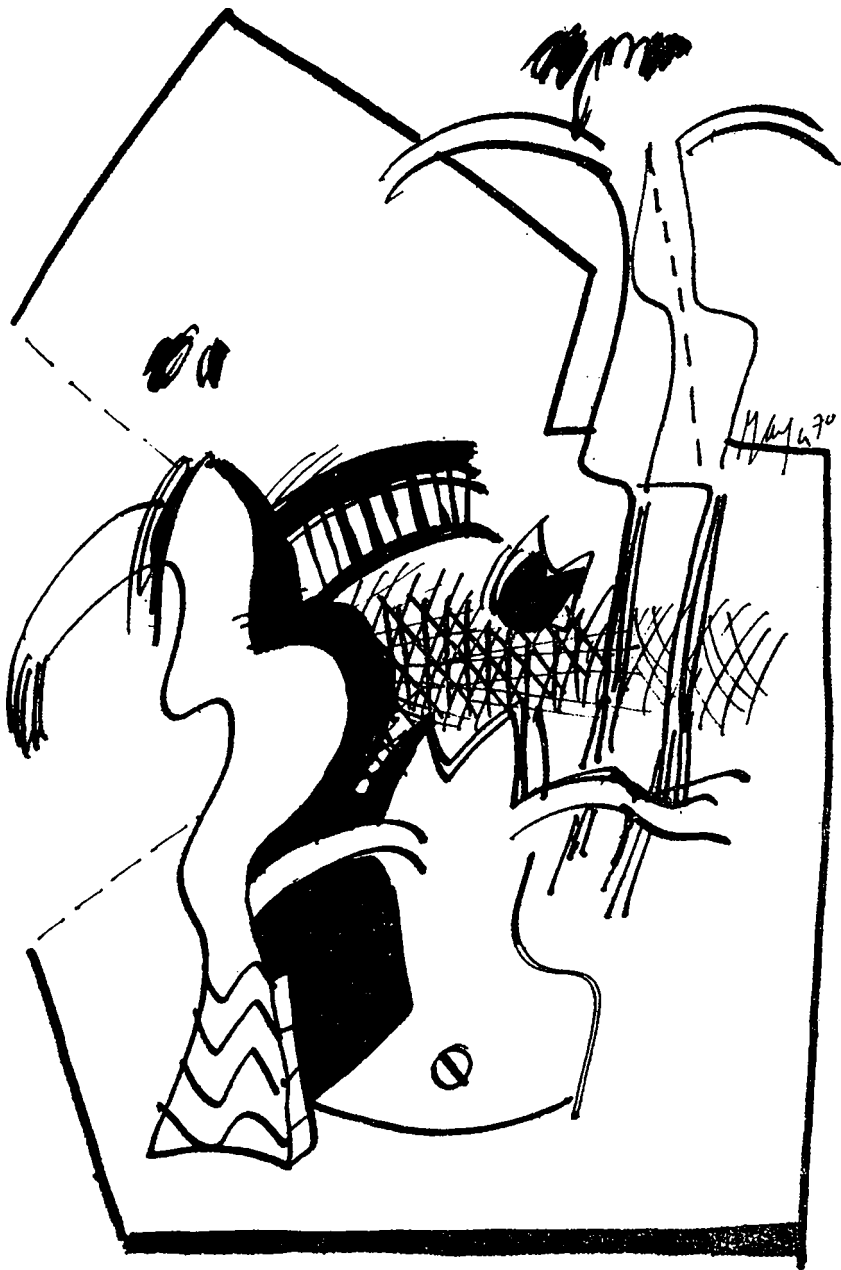
Ramón Galguera Noverola incursiona por este camino hacia una poesía de interrogaciones acerca del destino final del hombre en la tierra. En su último libro, *Solar de soledades*, que es una continuación temática y a la vez una ampliación de *Examen de primer grado*, tiende al cuento poético, a la condensación del argumento, ambientado de oníricos reflejos de la condición del ser.

Hay también un cambio en la actitud de la voz narrativa: no se cuenta sino que se susurra al oído, de manera que el poema da la impresión de estar sugerido. Pero al hacerlo, el poeta ambienta un hecho desnudo de artificio, y esto se proyecta como una autocrítica severa que le impele a presentar la acusación a la sociedad o la denuncia del hombre desarraigado de sí mismo y de la sociedad; es, por otra parte, una seria crítica de la situación del hombre contemporáneo. Y aquí radica su contacto con la modernidad, con las inquietudes del poeta de hoy.

Otras tendencias líricas se registran en la poesía. El caso de Alicia Delaval, quien acaba de publicar una novela titulada "Las vírgenes terrestres", excursiona por el paisaje tabasqueño de una manera singular. Es la única mujer que ha podido trascender su propio conflicto, alejándose del sentimentalismo que suele entintar a la literatura hecha por mujeres. La exuberante expresión de sus metáforas señala el medio, y nace a la vez de la vegetación pellicereana con una voz estremecida por lo romántico. José Tiquet, profundamente lírico, ha variado el tema pellicereano de la naturaleza con excursiones a la infancia, los recuerdos familiares y localistas. Preocupado por notas existencialistas, a veces; otras, recoge acentos sociales a la manera parnasiana. Un caso diferente presenta la poesía de Agenor González Valencia, natural en principio, asocia lo romántico con lo simbólico. A sus descubrimientos interiores del hombre, donde parece expresar la relación naturaleza-ser, sociedad-orden natural, alcanza en tra-

bajos posteriores el acento patético de lo social, retomando magníficas influencias de Vallejo. Dionicio Morales es un poeta de extraordinaria sensibilidad lírica. Sus poemas son muy acabados en su estilo. Es el único poeta que no rinde vasallaje a la poesía de Pellicer y Gorostiza. Su orden estético se orienta hacia una búsqueda, donde lo crítico con lo amoroso se corresponden.







## JOSE CARLOS BECERRA

Nació en Villahermosa, Tab., en 1937. En 1953 obtuvo un premio en un concurso de la Preparatoria. En México hizo sus estudios de Arquitectura y Filosofía y obtuvo el premio Los Juegos Florales de Villahermosa. En 1967 fue becario del Centro Mexicano de Escritores.

Bibliografía: *Oscura palabra*, 1966; *Relación de los hechos*, 1967. José Emilio Pacheco prepara sus obras completas para la Editorial Era.

Estuvo becado por la Fundación Gugenheim en la Universidad de Essex, Londres. En un recorrido por Europa, el poeta viajaba para Atenas, Grecia. Como se sabe, entre Bari y Brindisi, Italia, murió en un accidente automovilístico, un jueves 28 de mayo de 1970.





## PEQUEÑO MUERTO

Alberto Becerra Ramos.  
(Mayo-septiembre de 1944)

Tienes catorce años de edad, años acumulados  
uno debajo de otro, metidos en la boca de la tierra,  
vestidos de no se qué rincón,  
años inolvidables en tu olvido.

Has crecido en otro lado y por eso no sabes  
como nos queda esto de la vida,  
y en qué forma nos comemos el silencio de ustedes.

Te han comido en otro lado y por eso no sabes  
tomar en cuenta el alba, combatir con tu miedo,  
avizarar los ojos en miradas no dadas,  
arrastrarte por tu cuerpo olfateándote el alma  
o la resurrección, oír la sangre  
y ver la noche desde alguna tarde.

Porque la vida donde tú estuviste por tres meses  
fue tan pequeña que no te la tocó nadie,  
ni las palabras, porque aún no sabías hablar.  
No te diste cuenta de dónde estabas  
y qué bueno que así haya sido, porque entonces  
ya te habrás olvidado de tu enfermedad que era  
más grande que tú —cualquiera hubiese pensado al verla,  
que era de un adulto—  
y de la pequeña caja donde te guardaron  
para protegerte no recuerdo de qué.

Catorce años tienes, y pienso  
lo injusto que es quitarle a alguien catorce años  
cuando sólo posee tres meses, porque  
¿de dónde va uno a sacar lo que no tiene,  
si no es de la muerte?  
¿Y cuál es ahora tu nombre de catorce años?  
Tal vez sea nuestra madre la única en saberlo,  
ella sigue hablando de ti como escribiendo cartas  
que ya nadie lee. (La semana pasada  
fue como si un oscuro Correo le hubiera devuelto  
una carta con el siguiente sello:  
"Cambió de domicilio".)

Entonces hermano ¿qué hacemos por ti?  
Tu último recurso es nuestra memoria,  
tu recuerdo aferrado a nosotros como un naufrago.

Si, anduviste entre los dientes de aquella enfermedad,  
tu llanto se veía muy chiquito junto a ella tan grande.

Algunos, si mal no recuerdo, pensaban  
que no sufrías tanto porque no comprendías que sufrías.  
Por eso te guardaron los que urdieron tu vida;  
no se si Dios, no se ni quién,  
tal vez nosotros; tus papás, tus hermanos  
que como tú no mordíamos, porque vivíamos entonces  
en el país de la primera dentición.

Y hoy tu corazón y tu nombre, acta de nacimiento y bautizo  
—delito y su absolución, según dicen los enterados de ello—  
no son tuyos porque tú no estás,  
porque no tienes espacio donde maldecir o cosechar;  
si ni siquiera sabes en qué árbol creciste  
ni cómo te cortaron.  
Por eso nada te pertenece, todo lo tuyo es nuestro  
por compasión a ti y a nosotros.

¿Y a qué decir más datos si tu muerte es el dato?  
¿A qué jugar con huesos si la muerte es un hueso  
difícil de roer?

Tu muerte es como una niña que te acompaña a todas partes,  
a todos los recuerdos que te invitan  
a pasar el día con ellos.

Estás en tu paz; tu silencio nos dice que no tienes silencio,  
la digestión del tiempo; que no padeces huesos ni memoria.

Estás guardado en tu muerte,  
conservado para la eternidad sin ti.  
Destruído dulcemente,  
dormido en el regazo de una sombra que no existe;  
tu cuerpo casi frío en nuestra memoria,  
no asaltado por sueños.

Septiembre de 1958.

## VAMOS A HACER AZUCAR CON VIDRIOS

Vamos a hacer azúcar con vidrios  
cuando la luna empolle en la ventana.

Vamos a hacer azúcar con vidrios  
cuando los ricos se quejen de lo malo que están los negocios.  
Vamos a hacer azúcar con vidrios  
cuando el sueño se te quede sin fuerza en los ojos.

Vamos a llorar a los muertos que fueron condenados a la resu-  
[rrección.

Vamos a decir un acertijo  
que sólo la noche nos pueda contestar.

Pon atenta la mirada para atrapar al insomnio  
fuera de los ojos.

Pon atento el oído para atrapar al silencio  
cuando se haya salido de la boca.

Vamos a navegar en barcos capitaneados por la Miseria  
para poder llegar al puerto de los obreros,  
al doloroso aceite de las máquinas.

Vamos a llorar hasta que el lirio  
reconozca el error de su blancura.

Vamos a patear a todos los gordos prósperos del mundo.

Vamos a romper los vidrios de las ventanas  
como lo hicimos de niños, ¿te acuerdas?

Vamos a limpiarnos un poco lo que somos  
con el agua pura de la indignación.

Vamos a gritar hasta que los tímpanos de Dios  
o de quien sea, revienten.  
Hasta que el corazón se nos sitúe en la mano  
como una piedra.

Vamos a gritar, vamos a gritar.  
Garganta, encomiéndate al grito.  
Puño, encomiéndate al golpe.

Abril de 1959  
(después de la Huelga Ferrocarrilera).

## DECLARACION DE OTOÑO

He venido.

El otoño nos revelará el hueso del mundo,  
en sus hojas el color amarillo no será solamente un aria triste,  
será también la verdad de la tierra,  
el paso de esa luna donde han dejado de temblar las doncellas,  
la historia que los niños no pulirán con sus manos.

Conozco la mirada del sedicente,  
la ciudad ha sido conquistada por el heliotropo nocturno;  
dadme mis huesos y los huesos de mis muertos  
y los pondré a florecer en la noche.

Porque yo veo la miel sombría donde los rostros perdidos inten-  
[tan acercársenos,  
ponernos el vaho de su corazón en el cristal de esa ventana que sin  
[darnos cuenta  
hemos dejado encendida esta noche.  
Porque yo veo los amaneceres socavados en octubre por la garra  
[del relámpago  
que saca del fondo a las doncellas muertas,  
a los niños que no han podido pulir ninguna historia con sus manos.

He venido.

Aquí se reúnen las leyendas de piel titilante,  
las miradas donde aparece la arena movediza que está a la mitad de  
[todo recuerdo;  
porque ahora miro las extensiones del mito  
y no encuentro otra respuesta ni otra distancia que el llanto,  
la piel desalojada en el mar, la risa de la hiena detrás de los espejos.

Voy por esta ciudad; yo no camino sobre las aguas,  
camino sobre las hojas secas que caen de mis hombros,  
miro a los muertos en brazos de sus retratos, miro a los vivos en  
[brazos de sus desiertos,  
a las prostitutas vírgenes embalsamadas dentro de su sonrisa.

Conozco esta ciudad, estos orines de perra, esta piel acechante de gato,  
estas calles que he recorrido mirando en silencio lo que me devora.  
He visto el latigazo de la ceniza en los cuerpos dormidos,  
el miedo lustrado por unas manos silenciosas,  
la luz enhebrada por lo más lejano de los ojos,  
el oro con su infancia en la primera gota de sangre.

He aquí la historia,  
he aquí este delirio que la luna ha tenido en sus brazos,  
esta yerba arrancada al corazón, este rumor de hojas.

¿En qué sitio ríe la vejez de los muros?  
¿Dónde comulga el horror con la supervivencia?

Ésta es la estación armada como un guerrero,  
ésta es la estación desnuda como una mujer invencible,  
ésta es la estación cuya historia tiene mucho que ver con la lluvia.

He venido.

He visto la servidumbre de los parques a la crueldad del poniente,  
he visto abandonados a su luz, llagados en su luz,  
he visto en las cocinas el hollín de las lágrimas,  
la grasa quemada de un cielo prohibido,  
he visto las madrigueras donde la luna se limpia la sangre  
como un amor proscrito.

He venido cuando el otoño le da a la ciudad una carta del mar.

He venido a decirlo.

## CERCANIAS DEL MUNDO

Yo amo en tu corazón esa caída de hojas cuando el otoño te deslumbra  
y las primeras cosas del aire

libertan tus ojos de la primera ausencia.

Yo amo tus ruinas y tu resplandor,  
tu sol de pechos

y la noche en ti como una vocación del alma,

cuando estás en algún sitio de lo que en tus ojos comienza,  
cuando elevas el crepúsculo con tu manera de lágrimas,  
cuando sientes el temporal que hay en la mano oscura con que te  
[desvisto,

cuando tiembles al paso de mis labios,

cuando canturreas entre seria y burlona,

cuando me vinculas con las aguas que hacen nudo en tu pecho,

entonces o casi nunca,

entonces si es que te amo quiero este mundo,

esta corteza de manos gastadas y transiciones enfermas,

esta brusca esperanza,

esta sórdida mancha de miel. . .

entonces te amo.

## EL AHOGADO

Aquel hombre se unía a la soledad del mar,

iba y venía en sus olas y lo azul del agua

iba y venía en sus ojos cada más sin nadie,

unido a la soledad del mar aquel hombre soñaba  
y no era un sueño,  
y perdía su nombre, perdía su voz arrojada como una corona fúnebre  
que el oleaje deshojaba al pie de otro silencio.

Aquel hombre ya sólo tenía que ver con el agua,  
con el color azul sacado del cielo a ciertas horas de la eternidad,  
con la espuma que crece cuando el dios del mar despluma sus ángeles  
con mano temblorosa,

aquel hombre se unió al mar,

un pájaro rompía el cascarón de la tarde.

## EPICA

Me duele esta ciudad,  
me duele esta ciudad cuyo progreso se me viene encima  
como un muerto invencible,  
como las espaldas de la eternidad dormida sobre cada una de mis  
[preguntas.  
Me duelen todos ustedes que tienen por hombro izquierdo una  
[lágrima,  
ese llanto es una aventura fatigada,  
una triste razón de las mejillas.

En estas palabras hay un poco de polvo egipcio,  
hay unas cuantas vendas, hay un olor de pirámides  
[adormecidas en el algodón del pasado,  
y hay también esa nostalgia que nos invade en ciertas tardes,



cuando la lluvia se enreda en nuestro corazón como los cabellos  
[húmedos y largos  
de una mujer desconocida.

Estuve atento a la edificación de los templos, al trazo de las grandes  
[avenidas,  
a la proclamación de los hospitales, a la frase secreta de los enfermos,  
vi morir los antiguos guerreros,  
sentí cómo ardían los ángeles por el olor a vuelo quemado.

Me duele, pues, esta convocatoria inofensiva, esta novia de blanco,  
esta mirada que cruzo con mi madre muerta,  
esta espina que corre por la voz, estas ganas de reír y llorar a  
[mansalva,  
y el trabajo de ustedes, los constructores de la nueva ciudad,  
los sacerdotes de las nuevas costumbres, los muertos del futuro.

Me duele la pulcritud inútil, la voluntad académica,  
la cortesía de los ciegos,  
la caricia torva como una virgen insatisfecha.

Mirad las excavaciones de la noche,  
escuchen a Lázaro conversando con sus sepultureros,  
[mostrándoles su anillo de compromiso con la Divinidad.  
Vean a Lázaro en el restaurant y en el tranvía,  
en el ataúd y en el puente, en el animal y en su plato de carne.

Sí, me duele este atardecer,  
esta boca de sol y de verano.

## MEMORIA

He vuelto al sitio señalado, a tu rastro de aguas amargas;  
el atardecer ha caído al fondo del mar como un pecho muerto  
y una campana da la hora cubriéndome de espuma.

Vuelvo a ti,  
el otoño y el grillo se unen en la victoria del polvo.  
Vuelvo a ti, vuelves a la caída, al primer acto.

Te levantaste de tus ojos con un golpe de amor en la frente,  
con una piel de yerba que la mañana quería.  
Te levantaste envuelta en tu tiempo,  
todavía no arrollada por tu desnudez, por tu boca que se convierte  
en una caída de hojas que el bosque padecerá oscureciéndose.  
Te levantaste de lo que sabías,  
de lo que olvidabas como se olvida la lanzada del mar  
y un día nos despierta su ruido profético.  
Te levantaste de tu frente  
que era el horizonte elegido por la noche para su desembarco.

Yo esperaba, la noche se abría como un abanico de humo y con-  
[juraciones,  
el rey muerto que llevamos dentro  
se rió en el fondo de su ataúd de lodo.

Yo esperaba. Oía el retroceso, lo repentino del avance.  
Nombraste mi pecho con un esguince nocturno,  
la luz hacía en tus ojos su tarea oscura,  
de pronto me miraste, ¿desde dónde?  
¿Desde tu ojos que me veían o desde tu ojos que no me veían?  
Y naciste bajo tu desnudez con un movimiento de agua y re-  
[cuerdos.

A la hora del enlace de cuerpos, a la hora del brindis,  
a la hora de la lágrima plantada en el jardín prohibido,  
en la nada promiscua de las historias olvidadas,  
en una brusca pregunta, en las conversaciones fatigadas,  
en el modo como te quitaste los guantes:  
—¿Te acuerdas? —dijiste avanzando.

Ese obsequioso silencio, esa pausa levanta polvo en tu corazón.  
El tiempo reunido en una mano, en un guante que cae haciendo señas  
por una ladera de palabras dormidas.

—¿Te acuerdas? —dijiste.

La palabra, el movimiento de carne sobre el pecho de la tierra,  
el idioma que la noche deja caer en los ojos como un puñado de  
[piedras preciosas,  
piedras que se convierten en guantes que caen.

Fruto prohibido y dieta recomendada por hábitos nuevos.  
La mentira bosteza engordando,  
el cansancio estira su lengua para cantarnos al oído.  
La noche despierta en el muladar que los locos heredan,  
la luz de mercurio petrifica en las calles gestos odiados;  
yo miro la ciudad desde la terraza,  
la luz de los autos hundiéndose en el irremisible momento,  
en el tiempo que aún sostengo con un vaso en la mano,  
en el tiempo que despide tu rostro naciendo,  
en el tiempo que hace del movimiento y la caída  
el sólo momento.

—¿Te acuerdas? —dijiste.

Respiraste tendida, tus ojos se cerraron en la llegada del mundo.

La noche llegó en tu corazón, tú regresaste.

Rastro de alas dolorosas, de límites caídos al agua.

—¿Te acuerdas? —dijiste, quitándote los guantes.

—¿Te acuerdas? —dijiste abriendo los ojos.

## EL REPOSO DEL GUERRERO

Pero mi amor no era un lujo de fuerza,  
una catedral arrojada al pasado  
a ustedes les parecería más hermosa, mejor construida,  
mejor adivinada por su muerte.

Navegación de los días otoñales,  
oráculos, señales a cubierto, mensajes caídos en el plato de la imagi-  
[nación, en la balanza de los recuerdos,  
como un ruido de autos cruzando las calles de un pueblo abandonado,  
como soñar que vadeamos un río perseguidos por una patrulla po-  
[licíaca.

Pero mi amor no era un lujo de fuerza,  
tal vez era mi vergüenza de morir,  
no estaban en mí los paseos de aquellos fantasmas cuando la luna  
[ le entrega al amanecer los restos de la noche,  
no estaban en mí aquellos signos que el hechicero maya conjuraba  
[en su elevación nocturna,  
no estaban en mí aquellos secretos coleccionados durante los días  
[de lluvia por los niños enfermos,  
imágenes donde una delicada tortura de vivir pone pequeñas lla-  
[mas en los ojos de esos cansados niños.

La soledad mira por las rendijas de sí misma hacia la construcción  
[del ansiado palacio;

cierta sequía en el corazón que una vez se nutrió con el vuelo de  
[un pájaro que parecía rasgar el poniente,  
o con la música de un radio vecino, o con la imagen de aquella  
[muchacha que nunca bailó con nosotros;  
sí, cierta sequía en los movimientos de ese corazón  
que un día se alimentó con el aullido de los gatos,  
[en la noche penosa del primer amor.

Presentaré estos recuerdos en la alianza de una mujer lejana con  
[su espejo,  
presentaré estas deudas al pagador de los cielos que vive en el zooló-  
[gico en su jaula de plata comprada en abonos,  
me sentaré a la mesa de aquellos que se esconden de su hambre  
[verdadera,  
los haré que mastiquen despacio su alma, escuchando el crujido de  
[sus recuerdos,  
haré que sientan en su saliva el desgarrón de una vida improbable  
y de un alimento improbable.

Pero mi amor, repito, pero la naturaleza de mi disfraz, pero mi ser  
[de lluvia,  
padeció el cuentagotas de los arrebatos más sórdidos, más cobardes  
[y bellos,  
y mis dolencias y mis bienes, las deudas de mi sangre y mis últimas  
[rosas;  
padecieron y cumplieron esa cadena que la Razón y la Ley han fo-  
[rrado de terciopelo y de ciencia.

Pero mi amor, pueden estar seguros, no era un lujo de fuerza,  
no contaba con ninguna clase de ejércitos en formación,  
con banderas flameando, con pactos ventajosos;  
nunca tuve valor para arrebatar la historia que me pertenecía,  
no he sabido llorar al ritmo de mi vida ni al ritmo de mi muerte,  
no he llorado sabiamente de parte de nadie,

y esta fiereza que ahora finjo complacido al escribir estas frases, este  
[sol negro que sale de mis manos,  
este depósito verbal alumbrado por el poniente,  
no estuvo en mí cuando padecí la cosecha de mi triunfo,  
la cola melosa de la Victoria.

No tengo de qué arrepentirme, pero tampoco tengo por qué decirles  
[la otra versión de mi Verdad;  
la Belleza ha sido cortada de las ramas de mi amor  
y la mentira vuela sobre todas las cabezas aromando el amor que  
[vendrá.

Ahora observemos sin muchos aspavientos a nuestra Victoria,  
llenémosle su plato de leche y de carne, y si tiene ganas de desalo-  
[jar el vientre  
saquémosla prudentemente al jardín. Después  
con un moño azul alrededor de su cuello, la dejaremos echada sobre  
[un cojín del sofá  
para diversión de las visitas que vendrán esta tarde.

## LOS ADVERSARIOS

entre mi mirada y tú  
se interpone el color de nuestros ojos,  
entre tus senos y mi mano se interponen tus senos y mis manos,  
entre tú y yo están estos pronombres,  
esta luz, esta sombra que juega con tu rostro,

y si yo soy mi mano y lo que quiero y lo que sueño,  
y tú eres esa boca, esos ojos que necesitan existir para ser bellos,  
entonces,  
entonces entre tú y yo nos interponemos tú y yo,

y es necesario rebelarnos,  
es necesario construir otro mundo, es necesario borrar estas frases,  
es necesario que seamos otros.

1965

## EXPLORACIONES

No podemos retroceder, no podemos retroceder resbalando  
por aquel aceite de nosotros mismos.  
Donde existía el plano ampliado de la gracia, el ruido de la  
puerta que duplica la imagen,  
fracciones perceptibles al mínimo de un movimiento, saturación  
de los minutos que definen el tiempo relativo es que no podemos,  
es que no podemos retroceder hasta darnos de toques con el tiempo  
relativo del drama, con el cuerpo de la mujer que amamos un día,  
con la idea del calor en el registro de la realidad de ese cuerpo.

Como consecuencia capital de esta búsqueda no podemos, no podemos  
retroceder surtiendo a Dios de fragancia, surtiendo nuestro retrato  
de fragancia de Dios, de pesada armonía desmontable.

Que se vea en el infinito cerrarse una puerta sin escucharse el  
ruido que le corresponde es la imagen del tiempo relativo y es  
también la consecuencia del deseo de retroceso:  
la mano evitando la aldaba o verdad compleja de lo sólido, de lo  
tocable, de lo que estaba allí hasta hace un rato,  
la mano taimada que no confía sin embargo en el recuerdo y quiere  
solamente volver a tocar, volver a ser ella misma.

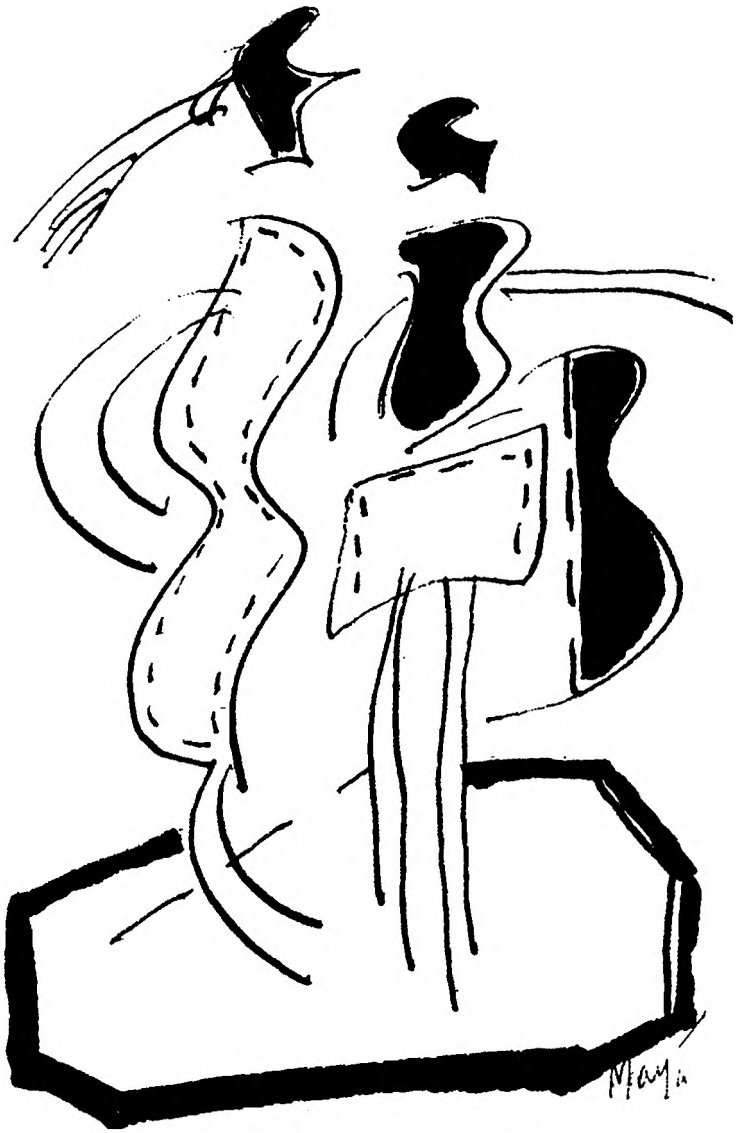
Uno y otro procedimientos desembocan en el cuchicheo del más acá,  
en el acto que recurre a las evaporaciones de la decadencia.

En su imponente papel de descubridor el cuerpo del muerto cae  
rugiendo en la eternidad,  
cae en la jaula de la eternidad y el ininterrumpido juego de lo

imprevisto organiza el esfuerzo visual de guardar silencio hacia  
la imagen desempeñada por el espacio de la experiencia del orden:  
la mano que no debe tocar sino aquello que toma,  
la mano que no debe cerrarse sino en la sucesión de sus propias  
imágenes.

1970







CARLOS PELLICER  
(1899)

En Villahermosa, Tabasco, nació el 4 de noviembre. Se educó en la ciudad de México. Después de la Preparatoria continuó sus estudios en Bogotá, donde fue agregado universitario del gobierno de Carranza. Recorrió América del Sur en misión con José Vasconcelos. Visitó Europa y el cercano Oriente (1926-1929). Profesor de Literatura e Historia y de Poesía Moderna en la Universidad, Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1953. Director por cuatro años de Bellas Artes (SEP), Museólogo notable (La Casa Museo de Frida Kahlo, el Museo de Villahermosa, el Museo Parque de la Venta, el Anahuacalli, Museo de Diego Rivera y el Museo Tepoztlán que regaló con piezas prehispánicas.) En 1964 fue nombrado presidente del Congreso Latinoamericano de Escritores en Roma.

Obra Poética: Colores en el mar y otros poemas (1921), Piedra de sacrificios (1924), Seis, siete poemas (1924), Oda de junio (1924), Hora y 20 (1927), Camino (1929), 5 poemas (1931), Esquemas para una oda tropical (1933), Estrofas al mar latino (1934), Hora de junio (1937), Ara virginum (1940), Recinto y otras imágenes (1941), Discurso por las flores (1946), Subordinaciones (1949), Práctica de vuelo (1956), Material poético (1962), Con palabras y fuego (1963), Teotihuacán y trece de agosto (1965).



## ANDO EN MI CORAZON...

Ando en mi corazón como en el fondo  
de un pozo abandonado que enronquece  
la sequía y de noche no merece  
ni una estrella en su antártico redondo.

Muevo mi corazón flaco y hediondo  
y la fealdad de un sapo lo abastece.  
El infeliz ignora que amanece  
y en ese ojo nublado bien me escondo.

Empieza a atardecer y el horizonte  
sacude entre relámpagos el monte.  
Acaso lloverá y el pozo crezca

y se derrame y ruede por el suelo.  
Sabrá lo que es la luz y así le ofrezca  
cubrir la tierra por beberse el cielo.

Práctica de vuelo, 1956.

## PIEDRA DE SACRIFICIO

Jesús, te has olvidado de mi América,  
ven a nacer un día sobre estas tierras locas.  
¿No basta odiarse tanto? la fe que tú decías  
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.

Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.  
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...  
Danos una mirada por nuestras melodías.  
Enciéndonos los ojos y sella nuestras bocas.  
Que no haya "discursos" sino actos perfectos.  
Yo sé (aunque no lo digas), que somos predilectos...  
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!  
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?  
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita  
borrando signos turbios y acantilando un canto.

Piedra de Sacrificios, 1924

### ELEGIA

Desde el balcón, se ve:  
han pasado muchos automóviles.  
Desde el balcón, se piensa:  
odio todos los libros.  
Estoy triste porque no soy bueno.  
Domingo. Uno desos estúpidos  
domingos sin sol.  
La catedral parece que está hipotecada.  
Yo me muero de ganas  
de huir  
de mí.  
Parece que he comido manzanas  
yanquis.  
Una sola mujer hay en el mundo,  
pero está ausente.  
Si yo fuera pintor,  
me salvaría.

Con el color  
toda una civilización yo crearía.  
El azul sería  
rojo  
y el anaranjado,  
gris;  
el verde saltaría en negros estupendos.  
¡Sabidurías  
de los colores nuevos!  
Mi taller estaría en las llanuras  
de Ápam. Cesaría la duda  
actual. No pintaría hombres sino volcanes.  
Vendrían los más ilustres  
de la América del Sur:  
el Tunguragua y el Sajama  
dejarían su anticuado fondo azul,  
su seriedad y sus várices  
colosales.  
Yo tendría ojos en las manos  
para ver de repente.  
Unas meditaciones llenas de cantos  
nuevos, encenderían mi frente.

Pero es imposible.  
De pronto atraviesan horripilantes  
soldaditos de Meissonier.  
Mi vida está llena de gritos  
bajo un ciego crepúsculo de fe.

*A nadie*

6,7 Poemas, 1922

## SEMANA HOLANDESA

(Viernes)

Querido Jan Vermeer:

Los muebles están buenos y te saludan.

El piso brilla aún y las cortinas discretas

oyen y no entienden, pero dudan. . .

Ella está en la ventana a la hora de siempre.

Tu azul es un secreto que mis placeres juran.

Se conversa y trabaja en proporciones íntimas.

La porcelana, cuando vengas,

estará mejor cocida.

Los colores están buenos,

crecen y brillan.

Adiós. (Voy a abrir la ventana

para que tu recuerdo tenga brisas.)

Fragmento

## ODA AL SOL DE PARIS

Acércate, no te voy a hacer nada.

Te atemoriza mi voz de agua nueva y el ruido  
de mis pies sobre las casas.

Mira el retrato de tus hermanos de América,  
populares como los toreros y los pelotaris,  
ágiles y jóvenes.

El "buen gusto" te arrumba neurálgico;  
quítate esas nubes o lávalas.

¿De qué estás nostálgico  
si nunca has visto nada?

Sal desos barrios folletinescos y alójate  
en ese hotel para aviadores de la Torre Eiffel.

Haste poner los dientes y retrátate  
*chez* Henri Manuel.



Has dejado en ridículo a los vidrieros góticos;  
nace otra vez y ensaya a brillar.

Por ti hay todavía negocios cloróticos  
y personas que no saben llorar.

Dice la T.S.F.:

México: "El Sol fue apedreado ayer por unos muchachos  
al salir de una escuela. Bluefields, Nicaragua, 88  
marinos yanquis han muerto de insolación.—Buenos Aires.  
El Sol ha salido de las banderas argentinas  
rumbo al Polo Sur".

Sol parisiense,

Sol bibliotecario y sacristán,

ve a jugar a la América

en los muros astronómicos de Uxmal.

Frótate entre los helechos de Palenque;

ruédate desde la pirámide solar

que los toltecas finos y civilizados

levantaron en Chi-Chén y Teotihuacán.

(Artistas y ordenadores de Tiempo

cincelan una piedra colosal.

Los ceramistas silenciosos desnudan sobre los vasos

la flor aérea recta de divinidad.

Y el rey aseado y magnífico

levanta auroras desde su jardín en espiral.)

Sol parisiense, mi corazón es calle triste

por el mundo rutinario;

los fonógrafos repiten lo que oyeron

y los héroes aún van a caballo.

Eres el párvulo del limbo:

tu hastío no pasa de tu globo y tu aro.

Es preferible que nunca sepas

lo que desde el principio está pasando.

La risa es buena como la fruta robada

y estoy contento porque ya lo sé todo.

Las respuestas van desnudas por las preguntas asesinadas.  
El aire tiene cifras y el mar no es ancho ni hondo.  
Sol parisiense, sol de chimenea,  
sigue en tus ceros a la izquierda del uno,  
juega en tus sombras húmedas mientras mis labios crean  
las palabras iguales para salir del mundo.

Hora y 20, París 1926

### III

¡La poesía!  
Está toda ella en manos de Einstein.  
Pero aún puedo rezar el Ave María  
reclinado en el pecho de mi madre.  
Aún puedo divertirme con el gato y la música.  
Se puede pasar la tarde.

### VI

Amo las máquinas, las grandes máquinas.  
Mi cuerpo canta sobre un pedestal  
cuando escucho y veo y toco máquinas.  
Hay un país con ruedas, gran poeta industrial,  
que estremece mis fuerzas tropicales.  
(Pennsylvania sentida desde un cañaverál.)

### XVIII

Han llegado a esta playa olas de Nápoles.  
En las nubes está toda Venecia.

En el mar se baña la familia Tiziano.  
Un empleado aduanal se queja de la primavera.  
Me saluda, desde su avión, Leonardo.  
Un suspiro. Otro suspiro... ¡Atenas!

## XXI

El buque ha chocado con la luna.  
Nuestros equipajes, de pronto, se iluminaron.  
Todos hablábamos en verso  
y nos referíamos los hechos más ocultados.  
Pero la luna se fue a pique  
a pesar de nuestros esfuerzos románticos.

Exágonos, 1941

## II

Que se cierre esa puerta  
que no me deja estar a solas con tus besos.  
Que se cierre esa puerta  
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.  
Esa puerta por donde  
la cal azul de los pilares entra  
a mirar como niños maliciosos  
la timidez de nuestras dos caricias  
que no se dan porque la puerta, abierta...

Por razones serenas  
pasamos largo tiempo a puerta abierta.  
Y arriesgado es besarse  
y oprimirse las manos, ni siquiera

mirarse demasiado, ni siquiera  
callar en buena lid...

Pero en la noche  
la puerta se echa encima de sí misma  
y se cierra tan ciega y claramente,  
que nos sentimos ya, tú y yo, en campo abierto  
escogiendo caricias como joyas  
ocultas en las noches con jardines  
puestos en las rodillas de los montes,  
pero solos, tú y yo.

La mórbida penumbra  
enlaza nuestros cuerpos y saquea  
mi ternura tesoro,  
la fuerza de mis brazos que te agobian  
tan dulcemente, el gran beso insaciable  
que se bebe a sí mismo  
y en su espacio redime  
lo pequeño de ilímites distancias...

Dichosa puerta que nos acompaña,  
cerrada, en nuestra dicha. Tu obstrucción  
es la liberación destas dos cárceles;  
la escapatoria de las dos pisadas  
idénticas que saltan a la nube  
de la que se regresa en la mañana.

#### IV

VIDA,  
ten piedad de nuestra inmensa dicha.  
Deste amor cuya órbita concilia  
la estatuaria fugaz de día y noche.  
Este amor cuyos juegos son desnudo

espejo reflector de aguas intactas.  
Oh, persona sedienta que del brote  
de una mirada suspendiste  
el aire del poema,  
la música riachuelo que te ciñe  
del fino torso a los serenos ojos  
para robarse el fuego de tu cuerpo  
y entibiar las rodillas del remanso.

Vida,  
ten piedad del amor en cuyo orden  
somos los capiteles coronados.  
Este amor que ascendimos y doblamos  
para ocultar lo oculto que ocultamos.  
Tenso viso de seda  
del horizonte labio de la ausencia,  
brilla.

Salgo a mirar el valle y en un monte  
pongo los ojos donde tú a esas horas  
pasas junto a recuerdos y rocío  
entre el mudo clamor de egregias rosas  
y los activos brazos del estío.

## XVI

¿QUE haras? ¿En qué momento  
tus ojos pensarán en mis caricias?  
¿Y frente a cuáles cosas, de repente,  
dejarás, en silencio, una sonrisa?  
Y si en la calle  
hallas mi boca triste en otra gente,  
¿la seguirás?  
¿Qué harás si en los comercios —semejanzas—  
algo de mí encuentras?

¿Qué harás?

¿Y si en el campo un grupo de palmeras  
o un grupo de palomas o uno de figuras  
vieras?

(Las estrofas brillan en sus aventuras  
de desnudas imágenes primeras.)

¿Y si al pasar frente a la casa abierta,  
alguien adentro grita: ¡Carlos!?

¿Habrá en tu corazón el buen latido?

¿Cómo será el acento de tu paso?

Tu carta trae el perfume predilecto.

Yo la beso y la aspiro.

En el rápido drama de un suspiro

la alcoba se encamina hacia otro aspecto.

¿Qué harás?

Los versos tienen ya los ojos fijos.

La actitud se prolonga. De las manos

caen papel y lápiz. Infinito

es el recuerdo. Se oyen en el campo

las cosas de la noche. —Una vez

te hallé en el tranvía y no me viste.

—Atravesando un bosque ambos lloramos.

—Hay dos sitios malditos en la ciudad. ¿Me diste  
tu dirección la noche del infierno?

—...Y yo creí morirme mirándote llorar.

Yo soy...

Y me sacude el viento.

¿Qué harás?

Recinto y otras imágenes, 1941

## SONETOS FRATERNALES

“Hermano sol”, nuestro padre San Francisco

A Jaime Sabines

### I

Hermano Sol, cuando te plazca, vamos  
a colocar la tarde donde quieras.  
Tiene la milpa edad para que hicieras  
con puñados de luz sonoros tramos.

Si en la última piedra nos sentamos  
verás cómo caminan las hileras  
y las hormigas de tu luz raseras  
moverán prodigiosos miligramos.

Se fue haciendo la tarde con las flores  
silvestres. Y unos cuantos resplandores  
sacaron de la luz el tiempo oscuro

que acomodó el silencio; con las manos  
encendimos la estrella y como hermanos  
caminamos detrás de un hondo muro.

### II

Hermano Sol, si quieres, voy mañana  
a esperarte en la sombra. Tengo el canto  
que prefieres, y el cielo que levanto  
desde mi pecho, te sabrá a manzana.

Quiero estar junto a ti. De ti dimana  
la energía de todo lo que planto.  
Tu tempestad de luz busco y aguanto  
con limpia desnudez y abierta gana.

Y fui desde la ceiba que da vuelo  
hasta el primer escalafón del cielo.  
Canté y mi voz estremeció mi muerte.

Hermano Sol: para volver a verte,  
ponme en los ojos la humildad del suelo  
para que suban con tu misma suerte.

### III

Fraternidad solar, uva y espiga;  
con el vino y el pan tendí la mesa.  
Comenzaba la noche de una ilesa  
jornada a toda suerte flor y amiga.

¡A cuánto amor el corazón obliga!  
Con la frente divina su sorpresa  
divina da la noche, y se profesa  
con lirios la lealtad a sol y a hormiga.

Hermano Sol: mi sangre es caloría  
de tus entrañas que el Poder Divino  
concretó lentamente un ancho día.

Si quieres, a la puerta de mi casa  
voy a esperarte. Beberás el vino  
y comerás el pan. Enciende y pasa.

Práctica de vuelo, 1956



## EL CANTO DEL USUMACINTA

*Al Doctor Atl*

De aquel hondo tumulto de rocas primitivas,  
abriéndose paso entre sombras incendiadas,  
arrancándose harapos de los gritos de nadie,  
huyendo de los altos desórdenes de abajo,  
con el cuchillo de la luz entre los dientes,  
y así sonriente y límpida,  
brotó el agua.

Y era la desnudez corriendo sola  
surgida de su clara multitud,  
que aflojó las amarras de sus piernas brillantes  
y en el primer remanso puso la cara azul.

El agua, con el agua a la cintura,  
dejaba a sus adioses nuevas piedras de olvido,  
y era como el rumor de una escultura  
que tapó con las manos sus aéreos oídos.

Agua de las primeras aguas, tan remota,  
que al recordarla tiemblan los helechos  
cuando la mano de la orilla frota  
la soledad de los antiguos trechos.

Y el agua crece y habla y participa.  
Sácala del torrente animador,  
tiempo que la tormenta fertiliza;  
el agua pide espacio agricultor.

Pudrió el tiempo los años que en las selvas pululan.  
Yo era un gran árbol tropical.

En mi cabeza tuve pájaros;  
sobre mis piernas un jaguar.  
Junto a mí tramaba la noche  
el complot de la soledad.  
Por mi estatura derrumbaba el cielo  
la casa grande de la tempestad.  
En mí se han amado las fuerzas de origen:  
el fuego y el aire, la tierra y el mar.

Y éste es el canto del Usumacinta  
que viene de muy allá  
y al que acompañan, desde hace siglos, dando la vida,  
el Lakantún y el Lakanjá.  
¡Ay, las hermosas palabras,  
que si se van,  
que no se irán!

¿En dónde está mi corazón  
atravesado por una flecha?  
La garza blanca vuela, vuela como una fecha  
sobre un campo de concentración.

Porque el árbol de la vida,  
sangra.  
Y la noche herida,  
sangra.  
Y el camino de la partida,  
sangra.  
Y el águila de la caída,  
sangra.  
Y la ventaja del amanecer, cedida,  
sangra.  
¿De quién es este cuello ahorcado?  
Oíd la gritería a media noche.

Todo lo que en mí ya solamente palpo  
es la sombra que me esconde.

Empieza a llover  
en el tablado de la tempestad  
y la anchura del agua abandonada  
disminuye la nave de su seguridad.

Es la gran noche errónea. Nada y nadie la ocupan.  
Tropiezan los relámpagos los escombros del cielo.  
La gran boca del viento se estranguló en la ceiba  
que defiende energúmena, su cantidad de tiempo.

Se canta el canto del Usumacinta,  
que viene de tan allá,  
y al que acompañan, dando la vida,  
el Lakantún y el Lakanjá.

En una jornada de millones de años  
partió el gran río la serranía en dos.  
Y en remolinos de sombrío júbilo  
creó el festival de su frutal furor.

Los manteles de su mesa son más anchos que el horizonte.  
Pedid, y no acabaréis.  
En el cielo de toda su noche,  
una alegría planetaria nos hace languidecer.

Esta es la parte del mundo  
en que el piso se sigue construyendo.  
Los que allí nacimos tenemos una idea propia  
de lo que es el alma y de lo que es el cuerpo.

Se me vuelven tiendas de campo los pulmones,  
cuando pienso en este río tropical,

y así en mi sangre se pudre la vida  
de tanto ser energía  
en soledad antigua o en presente caudal.

Cuando me llega el ruido de hachazos  
de la palabra Izankanak,  
me abunda el alma hasta salirme a los ojos  
y oigo el plumaje golpe de un águila herida por el huracán.

Un mundo vegetal que trabaja cien horas diarias,  
me ha visto pasar en pos de la noche y del alba.

Reconoció en mis ojos el poderoso espejo;  
reconoció en mi boca fidelidad madura.  
Vio en mis manos la caña que aflautó el aire húmedo  
y le mostré mi pecho en que se oye la lluvia.

Mirando el río de aquellos días que el sol engríe,  
al verde fuego de las orillas robé volumen  
y entre las luces de lo que ríe, lo que sonrío,  
es un jacinto que boga al sueño de otro perfume.

El pájaro turquesa  
se engarzó en la penumbra de un retoño  
y entre verdes azules canta y brilla  
mientras la hembra gris calla de gozo.

Mirando el río de aquellas tardes  
junté las manos para beberlo.  
Por mi garganta pasaba un ave,  
pasaba el cielo.

Mirando el río  
dí poca sombra:

todo era mío.

Todas pintadas, jamás extintas,  
son estas aguas, río de monos, Usumacinta.  
En tu grandeza  
con esplendores reconfortaste savia y tristeza.  
Te descubrí,  
y en ese instante  
tras un diamante  
solté un rubí:  
de asombro existo,  
preclara cosa;  
sangre dichosa  
de haberte visto.

Robé a tu geografía  
su riqueza continua de solemne alegría.  
El que tumba así el árbol de que estoy hecho  
va a encontrar tus rumores entre mi pecho.  
Y es un cantar a cántaros,  
y es la nube de pájaros  
y es tu lodo botánico.

En las sombras históricas de tu destino  
cien ciudades murieron en tu camino.  
Atadas de pies y manos  
están esas ciudades.  
Entre una jauría de árboles desmanes  
se moduló la sílaba final de esas edades.

Los hombres de un tiempo del río  
la frente se hacían en talud;  
y el resplandor terrestre de sus avíos  
les dio una honda gracia de juventud.

Sonreían con las manos  
como alguien que ha podido tocar la luz.

¡Ay, las hermosas palabras,  
que si se irán,  
que no se irán!  
Lo que acontece ya en mi memoria cunde en mis labios,  
con Uaxaktún,  
con Yaxchilán.

Después fueron los paisajes sumergidos  
y el sagrado maíz se pudrió.  
Y en las ciudades desalojadas,  
el reinado de las orquídeas se inició.  
Así, cuando llueve socavando sobre el Usumacinta,  
aun en la corteza de los viejos árboles  
se encoge el terror.  
El hombre abandonado que ahora lo puebla  
fulgurará otra vez poderoso entre la muerte y el amor.

Eres el agua grande de mi tierra.  
La tormenta dinámica del ocio tropical.  
El hombre en ti es ahora la piedra que habla  
entre el reino animal y el reino vegetal.  
Por el hueco de un árbol podrido  
pasa el verde silencio del quetzal.  
Es una rama póstuma.  
Es la inocencia deslumbrante que nada tiene que declarar.

La sapientísima serpiente,  
lo llevó un día sobre su frente cenital.

¿En dónde está mi corazón  
partido en dos por una flecha?

La garza blanca vuela, vuela como una fecha  
sobre un campo de concentración.

¡Ay, las hermosas palabras,  
que si se van... ,  
que no se irán  
de este canto del Usumacinta,  
que brotó de tan acá,  
y al que acompañan, dando la vida, desde hace siglos,  
el Lakantún y el Lakanjá.

Porque de el fondo del río  
he sacado mi mano y la he puesto a cantar.

Subordinaciones, 1949

### SONETO

Oigo toda la casa: ya estoy solo;  
llena de soledad se abre y se cierra.  
Es un sepulcro que la dicha encierra.  
La comunicación de polo a polo.

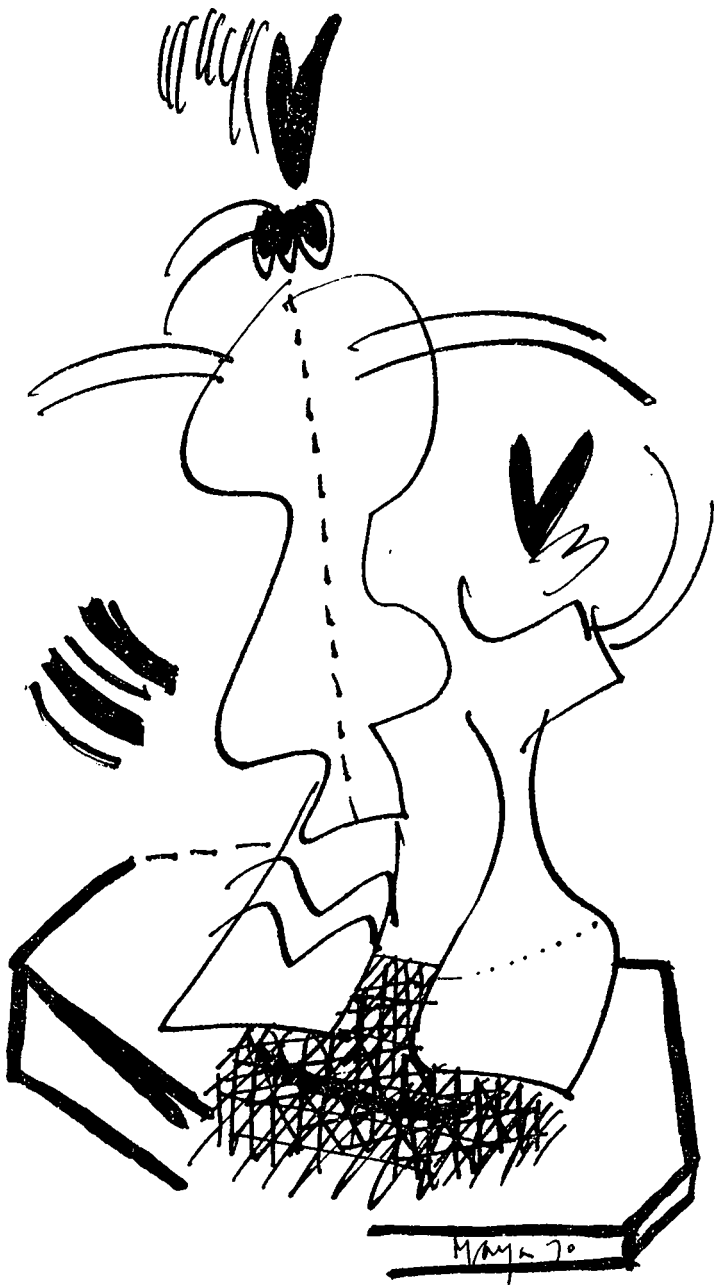
Hueca y profunda, todo yo me inmoló  
ante el pálido rostro de su guerra.  
Es el rincón más hondo de la tierra;  
todo lo que yo soy aquí acrisoló.

Cristo Señor, si tú me acompañaras  
una tarde quisiera... si lloraras  
un instante conmigo... ¡si vinieras  
a verme cómo vivo y cómo muero!  
Ven mañana, Señor, que yo te espero  
seguido de profundas primaveras.

Práctica de vuelo, 1956









JOSE GOROSTIZA  
(1901)

El 10 de noviembre nació en Villahermosa, Tabasco. En 1920 terminó el Bachillerato de Letras. Ha sido Canciller de primera en el Servicio Exterior (Londres, 1927). Representó a México en diversas conferencias internacionales y en la ONU. Profesor de Literatura Mexicana en la UNAM (1929), de Historia Moderna en la Escuela Nacional de Maestros (1932). Jefe del Departamento de Bellas Artes (1932), Subsecretario de Relaciones Exteriores (1958-1963) y Secretario de la misma en 1964. Presidente de la Comisión Mexicana de Energía Nuclear (1965). Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. OBRAS: Poesía: Canciones para cantar en las barcas (1925), Muerte sin fin (1939), Poesía (1964). Traducciones: Simón Cantillón, Maya (Teatro), (1930), André Maurois, La conversación (1931).



## MUERTE SIN FIN

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis  
por un dios inasible que me ahoga,  
mentido acaso  
por su radiante atmósfera de luces  
que oculta mi conciencia derramada,  
mis alas rotas en esquirlas de aire,  
mi torpe andar a tientas por el lodo;  
lleno de mí —ahito— me descubro  
en la imagen atónita del agua,  
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,  
un desplome de ángeles caídos  
a la delicia intacta de su peso,  
que nada tiene  
sino la cara en blanco  
hundida a medias, ya, como una risa agónica,  
en las tenues holandas de la nube  
y en los funestos cánticos del mar  
—más resabio de sal o albor de cúmulo  
que sola prisa de acosada espuma.  
No obstante —oh paradoja— constreñida  
por el rigor del vaso que la aclara,  
el agua toma forma.  
En él se asienta, ahonda y edifica,  
cumple una edad amarga de silencios  
y un reposo gentil de muerte niña,  
sonriente, que desflora  
un más allá de pájaros  
en desbandada.  
En la red de cristal que la estrangula,

allí, como en el agua de un espejo,  
se reconoce;  
atada allí, gota con gota,  
marchito el tropo de espuma en la garganta,  
¡qué desnudez de agua tan intensa,  
qué agua tan agua,  
está en su orbe tornasol soñando,  
cantando ya una sed de hielo justo!  
¡Más qué vaso —también— más providente  
éste que así se hinche  
como una estrella en grano,  
que así, en heroica promisión, se enciende  
como un seno habitado por la dicha,  
y rinde así, puntual,  
una rotunda flor  
de transparencia al agua,  
un ojo proyectil que cobra alturas  
y una ventana a gritos luminosos  
sobre esa libertad enardecida  
que se agobia de cándidas prisiones !  
¡Mas qué vaso —también— más providente!  
Tal vez esta oquedad que nos estrecha  
en islas de monólogos, sin eco,  
aunque se llama Dios,  
no sea sino un vaso  
que nos amolda el alma perdidiza,  
pero que acaso el alma sólo advierte  
en una transparencia acumulada  
que tiñe la noción de Él de azul.  
El mismo Dios,  
en sus presencias tímidas,  
ha de gastar la tez azul  
y una clara inocencia imponderable,  
oculta al ojo, pero fresca al tacto,

como este mar fantasma en que respiran  
—peces del aire altísimo—  
los hombres.  
¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!  
Un coagulado azul de lontananza,  
un circundante amor de la criatura,  
en donde el ojo de agua de su cuerpo  
que mana en lentas ondas de estatura  
entre fiebres y llagas;  
en donde el río hostil de su conciencia  
¡agua fofa, mordiente, que se tira,  
ay, incapaz de cohesión al suelo!  
en donde el brusco andar de la criatura  
amortigua su enojo,  
se redondea  
como una cifra generosa,  
se pone en pie, veraz, como una estatua.  
¿Qué puede ser —si no— si un vaso no?  
Un minuto quizá que se enardece  
hasta la incandescencia,  
que alarga el arrebatado de su brasa,  
ay, tanto más hacia lo eterno mínimo  
cuanto es más hondo el tiempo que lo colma...  
Un cóncavo minuto del espíritu  
que una noche impensada,  
al azar  
y en cualquier escenario irrelevante  
—en el terco repaso de la acera,  
en el bar, entre dos amargas copas  
o en las cumbres peladas del insomnio—  
ocurre, nada más, madura, cae  
sencillamente,  
como la edad, el fruto y la catástrofe.  
¿También —mejor que un lecho— para el agua

no es un vaso el minuto incandescente  
de su maduración?  
Es el tiempo de Dios que aflora un día,  
que cae, nada más, madura, ocurre,  
para tornar mañana por sorpresa  
en un estéril repetirse inédito,  
como el de esas eléctricas palabras  
—nunca aprehendidas,  
siempre nuestras—  
que eluden el amor de la memoria,  
pero que a cada instante nos sonríen  
desde sus claros huecos  
en nuestras propias frases despobladas.  
Es un vaso de tiempo que nos iza  
en sus azules botareles de aire  
y nos pone su máscara grandiosa,  
ay, tan perfecta,  
que no difiere un rasgo de nosotros.  
Pero en las zonas ínfimas del ojo,  
en su nimio saber,  
no ocurre nada, no, sólo esta luz,  
esta febril diafanidad tirante,  
hecha toda de pura exaltación,  
que a través de su nítida substancia,  
nos permite mirar,  
sin verlo a Él, a Dios,  
lo que detrás de Él anda escondido:  
el tintero, la silla, el calendario  
—¡todo a voces azules el secreto  
de su infantil mecánica!—  
en el instante mismo que se empeñan  
en el tortuoso afán del universo.  
Pero en las zonas ínfimas del ojo,  
no ocurre nada, no, sólo esta luz



—ay, hermano Francisco,  
esta alegría,  
única, riente claridad del alma.  
Un disfrutar en corro de presencias,  
de todos los pronombres —antes turbios  
por la gruesa efusión de su egoísmo—  
de mí y de Él y de nosotros tres  
¡siempre tres!  
mientras nos recreamos hondamente  
en este buen candor que todo ignora,  
en esta aguda ingenuidad del ánimo  
que se pone a soñar a pleno sol  
y sueña los pretéritos de mohó,  
la antigua rosa ausente  
y el prometido fruto de mañana,  
como un espejo del revés, opaco,  
que al consultar la hondura de la imagen  
le arrancara otro espejo por respuesta.  
Mirad con qué pueril austeridad graciosa  
distribuye los mundos en el caos,  
los echa a andar acordes como autómatas;  
al impulso didáctico del índice  
oscuramente  
¡HOP!  
los apostrofa  
y saca de ellos cintas de sorpresas  
que en un juego sinfónico articula,  
mezclando en la insistencia de los ritmos  
¡planta-semilla-planta!  
¡planta-semilla-planta!  
su tierna brisa, sus follajes tiernos,  
su luna azul, descalza, entre la nieve,  
sus mares plácidos de cobre  
y mil y un encantadores gorgoritos.

Después, en un crescendo insostenible,  
mirad cómo dispara cielo arriba,  
desde el mar,  
el tiro prodigioso de la carne  
que aun a la alta nube menoscaba  
con el vuelo del pájaro,  
estalla en él como un cohete herido  
y en sonoras estrellas precipita  
su desbandada pólvora de plumas.

Más en la médula de esta alegría,  
no ocurre nada, no;  
sólo un cándido sueño que recorre  
las estaciones todas de su ruta  
tan amorosamente  
que no elude seguirla a sus infiernos,  
ay, y con qué miradas de atropina,  
tumefactas e inmóviles, escruta  
al curso de la luz, su instante fúlgido,  
en la piel de una gota de rocío;  
concibe el ojo  
y el intangible aceite  
que nutre de esbeltez a la mirada;  
gobierna el crecimiento de las uñas  
y en la raíz de la palabra esconde  
el frondoso discurso de ancha copa  
y el poema de diáfanas espigas.  
Pero aún más —porque en su cielo impío  
nada es tan cruel como este puro goce—  
somete sus imágenes al fuego  
de especiosas torturas que imagina  
—las infla de pasión,  
en el prisma del llanto las deshace,  
las ciega con el lustre de un barniz,

las satura de odios purulentos,  
rencores zánganos  
como una mala costra,  
angustias secas como la sed del yeso.  
Pero aún más —porque, inmune a la mácula,  
tan perfecta crueldad no cede a límites—  
perfora la substancia de su gozo  
con rudos alfileres;  
piensa el tumor, la úlcera y el chancro  
que habrán de festonar la tez pulida,  
toma en su mano etérea a la criatura  
y la enjuta, la hincha o la demacra,  
como a un copo de cera sudorosa,  
y en un ilustre hallazgo de ironía  
la estrecha enternecido  
con los brazos glaciales de la fiebre.

Mas nada ocurre, no, sólo este sueño  
desorbitado  
que se mira a sí mismo en plena marcha;  
presume, pues, su término inminente  
y adereza en el acto  
el plan de su fatiga,  
su justa vacación,  
su domingo de gracia allá en el campo,  
al fresco albor de las camisas flojas.  
¡Qué trebolar mullido, qué parasol de niebla,  
se regala en el ánimo  
para gustar la miel de sus vigiliass!  
Pero el ritmo es su norma, al solo paso,  
la sola marcha en círculo, sin ojos,  
así, aun de su cansancio, extrae  
¡HOP!  
largas cintas de cintas de sorpresas

que en un constante perecer enérgico,  
en un morir absorto,  
arrasan sin cesar su bella fábrica  
hasta que —hijo de su misma muerte,  
gestado en la aridez de sus escombros—  
siente que su fatiga se fatiga,  
se erige a descansar de su descanso  
y sueña que su sueño se repite,  
irresponsable, eterno,  
muerte sin fin de una obstinada muerte,  
sueño de garza anochecido a plomo  
que cambia sí de pie, más no de sueño,  
que cambia sí la imagen,  
más no la doncellez de su osadía  
¡oh inteligencia, soledad en llamas!  
que lo consume todo hasta el silencio,  
sí, como una semilla enamorada  
que pudiera soñarse germinando,  
probar en el rencor de la molécula  
el salto de las ramas que aprisiona  
y el gusto de su fruta prohibida,  
ay, sin hollar, semilla casta,  
sus propios impasibles tegumentos.  
¡Oh inteligencia, soledad en llamas,  
que todo lo concibe sin crearlo!  
Finge el calor del lodo,  
su emoción de substancia dolorida,  
el iracundo amor que lo embellece  
y lo encumbra más allá de las alas  
a donde sólo el ritmo  
de los luceros llora,  
mas no le infunde el soplo que lo pone en pie  
y permanece recreándose en sí misma,  
única en Él, inmaculada, sola en Él,

reticencia indecible,  
amoroso temor de la materia,  
angélico egoísmo que se escapa  
como un grito de júbilo sobre la muerte  
—¡oh inteligencia, páramo de espejos!  
helada emanación de rosas pétreas  
en la cumbre de un tiempo paralítico;  
pulso sellado;  
como una red de arterias remblorosas,  
hermético sistema de eslabones  
que apenas se apresura o se retarda  
según la intensidad de su deleite;  
abstinencia angustiosa  
que presume el dolor y no lo crea,  
que escucha ya en la estepa de sus tímpanos  
retumbar el gemido del lenguaje  
y no lo emite;  
que nada más absorbe las esencias  
y se mantiene así, rencor sañudo,  
una, exquisita, con su dios estéril,  
sin alzar entre ambos  
la sorda pesadumbre de la carne,  
sin admitir en su unidad perfecta  
el escarnio brutal de esa discordia  
que nutren vida y muerte inconciliables,  
siguiéndose una a otra  
como el día y la noche,  
una y otra acampadas en la célula  
como en un tardo tiempo de crepúsculo,  
ay, una nada más, estéril, agria,  
con Él, conmigo, con nosotros tres;  
como el vaso y el agua, sólo una  
que reconcentra su silencio blanco  
en la orilla letal de la palabra

y en la inminencia misma de la sangre,  
¡Aleluya, Aleluya!

Iza la flor su enseña,  
agua, en el prado.  
¡Oh, qué mercadería  
de olor alado!

¡Oh, qué mercadería  
de tenue olor!  
¡cómo inflama los aires  
con su rubor!

¡Qué anegado de gritos  
está el jardín!  
“¡Yo, el heliotropo, yo”!  
“¿Yo? El jazmín.”

Ay, pero el agua,  
ay, si no huele a nada.

Tiene la noche un árbol  
con frutos de ámbar;  
tiene una tez la tierra,  
ay, de esmeraldas.

El tesón de la sangre,  
anda de rojo;  
anda de añil el sueño;  
la dicha, de oro.

Tiene el amor feroces  
galgos morados;  
pero también sus mieses,  
también sus pájaros.

Ay, pero el agua,  
ay, si no luce a nada.

Sabe a luz, a luz fría,  
sí, la manzana.  
¡Qué amanecida fruta  
tan de mañana!

¡Qué anochecido sabes,  
tú, sinsabor!  
¡cómo pica en la entraña  
tu picaflor!

Sabe la muerte a tierra,  
la angustia a hiel.  
Este morir a gotas  
me sabe a miel.

Ay, pero el agua,  
ay, si no sabe a nada.

(BAILE)

Pobrecilla del agua,  
ay, que no tiene nada,  
ay, amor, que se ahoga,  
ay, en un vaso de agua.

En el rigor del vaso que la aclara,  
el agua toma forma  
—ciertamente.

Trae una sed de siglos en los belfos,  
una sed fría, en punta, que ara cauces  
en el sueño amoroso de la tierra,  
que perfora sus miembros florecidos,  
como una sangre cáustica,  
incendiándolos, ay, abriendo en ellos  
desapacibles úlceras de insomnio.  
Más amor que sed; más que amor, idolatría,  
dispersión de criatura estupefacta  
ante el fulgor que blande  
—germen del trueno olímpico— la forma  
en sus netos contornos fascinados.

¡Idolatría, sí, idolatría!

Más no le basta el ser un puro salmo,  
un ardoroso incienso de sonido;  
quiere, además oírse.

Ni le basta tener sólo reflejos  
—briznas de espumas  
para el ala de luz que en ella anida;  
quiere, además, un tálamo de sombra,  
un ojo,

para mirar el ojo que la mira.

En el lago, en la charca, en el estanque,  
en la entumida cuenca de la mano,  
se consuma este rito de eslabones,  
este enlace diabólico  
que encadena el amor a su pecado.  
En el nítido rostro sin facciones  
el agua, poseída,



siente cuajar la máscara de espejos  
que el dibujo del vaso le procura.  
Ha encontrado, por fin,  
en su correr sonámbulo,  
una bella, puntual fisonomía.  
Ya puede estar de pie frente a las cosas.  
Ya es, ella también, aunque por arte  
de estas limpias metáforas cruzadas,  
un encendido vaso de figuras.  
El camino, la barda, los castaños,  
para durar el tiempo de una muerte  
gratuita y prematura, pero bella,  
ingresan por su impulso  
en el suplicio de la imagen propia  
y en medio del jardín, bajo las nubes,  
descarnada lección de poesía,  
instalan un infierno alucinante.

Pero el vaso en sí mismo no se cumple.  
Imagen de una deserción nefasta  
¿qué esconde en su rigor inhabitado,  
sino esta triste claridad a ciegas,  
sino esta tentaleante lucidez?  
Tenedlo ahí, sobre la mesa, inútil.  
Epigrama de espuma que se espiga  
ante un auditorio anestesiado,  
incisivo clamor que la sordera  
tenaz de los objetos amordaza,  
flor mineral que se abre para adentro  
hacia su propia luz,  
espejo ególotra  
que se absorbe a sí mismo contemplándose.  
Hay algo en él, no obstante, acaso un alma,  
el instinto augural de las arenas,

una llaga tal vez que debe al fuego,  
en donde le atosiga su vacío.  
Desde este erial aspira a ser colmado.  
En el agua, en el vino, en el aceite,  
articula el guión de su deseo;  
se ablanda, se adelgaza;  
ya su sobrio dibujo se le nubla,  
ya, embozado en el giro de un reflejo,  
en un llanto de luces se liquida.

Mas la forma en sí misma no se cumple.  
Desde su insigne trono faraónico,  
magnánima,  
deífica,  
constelada de epítetos esdrújulos,  
rige con hosca mano de diamante.  
Está orgullosa de su orondo imperio.  
¿En las augustas pituitarias de ónice  
no juega, acaso, el encendido aroma  
con que arde a sus pies la poesía?  
¡Ilusión, nada más, gentil narcótico  
que puebla de fantasmas los sentidos!  
Pues desde ahí donde el dolor emite  
¡oh turbio sol de podre!  
el esmerado brillo que lo embosca,  
ay, desde ahí, presume la materia  
que apenas cuaja su dibujo estricto  
y ya es un jardín de huellas fósiles,  
estruendoso fanal,  
rojo timbre de alarma en los cruceros  
que gobierna la ruta hacia otras formas.  
La rosa edad que esmalta su epidermis  
—senil recién nacida—  
envejece por dentro a grandes siglos.

Trajo puesta la proa a lo amarillo.  
El aire se coagula entre sus poros  
como un sudor profuso  
que se anticipa a destilar en ellos  
una esencia de rosas subterráneas.  
Los crudos garfios de su muerte suben,  
como musgo, por grietas inasibles,  
ay, la hostigan con tenues mordeduras  
y abren hueco por fin a aquel minuto  
—¡miradlo en la lenteja del reloj,  
neto, puntual, exacto,  
correrse un eslabón cada minuto!—  
cuando al soplo infantil de un parpadeo,  
la agrega masa de ademán ilustre  
podrá caer de golpe hecha cenizas.

No obstante —¿por qué no?— también en ella  
tiene un rincón el sueño,  
árido paraíso sin manzana  
donde suele escaparse de su rostro,  
por el rostro marchito del espectro  
que engendra, aletargada, su costilla.  
El vaso de agua es el momento justo.  
En su audaz evasión se transfigura,  
tuerce la órbita de su destino  
y se arrastra en secreto hacia lo informe.  
La rapiña del tacto no se ceba  
—aquí, en el sueño inhóspito—  
sobre el templado nacar de su vientre,  
ni la flauta Don Juan que la requiebra  
musita su cachonda serenata.  
El sueño es cruel,  
ay, punza, roe, quema, sangra, duele.  
Tanto ignora infusiones como unguentos.

En los sordos martillos que la afligen,  
la forma da en el gozo de la llaga  
y el oscuro deleite del colapso.  
Temprana madre de esa muerte niña  
que nutre en sus escombros paulatinos,  
anhela que se hundan sus cimientos  
bajo sus plantas, ay, entorpecidas  
por una espesa lentitud de lodo;  
oye nacer el trueno del derrumbe;  
siente que su materia se derrama  
en un prurito de ácidas hormigas;  
que, ya sin peso, flota  
y en un claro silencio se deslíe.  
Por un aire de espejos inminentes  
¡oh impalpables derrotas del delirio!  
cruza entonces, a velas desgarradas,  
la airosa teoría de una nube.

En la red de cristal que la estrangula,  
el agua toma forma,  
la bebe, sí, en el módulo del vaso,  
para que éste también se transfigure  
con el temblor del agua estrangulada  
que sigue allí, sin voz, marcando el pulso  
glacial de la corriente.

Pero el vaso

—a su vez—

cede a la informe condición del agua  
a fin de que —a su vez— la forma misma,  
la forma en sí, que está en el duro vaso  
sosteniendo el rencor de su dureza  
y está en el agua de agujijada espuma  
como presagio cierto de reposo,  
se pueda sustraer al vaso de agua;

un instante, no más,  
no más que el mínimo  
perpetuo instante del quebranto,  
cuando la forma en sí, la pura forma,  
se abandona al designio de su muerte  
y se deja arastrar, nubes arriba,  
por ese atormentado remolino  
en que los seres todos se repliegan  
hacia el sopor primero,  
a construir el escenario de la nada.  
Las estrellas entonces ennegrecen.  
Han vuelto el dardo insomne  
a la noche perfecta de su aljaba.

Porque en el lento instante del quebranto,  
cuando los seres todos se repliegan  
hacia el sopor primero  
y en la pira arrogante de la forma  
se abrasan, consumidos por su muerte  
—¡ay, ojos, dedos, labios,  
etéreas llamas del atroz incendio!—  
el hombre ahoga con sus manos mismas,  
en un negro sabor de tierra amarga,  
los himnos claros y los roncros trenos  
con que cantaba la belleza,  
entre tambores de gangoso idioma  
y esbeltos címbalos que dan al aire  
sus golondrinas de latón agudo;  
ay, los trenos e himnos que loaban  
la rosa marinera  
que consuma el periplo del jardín  
con sus velas henchidas de fragancia;  
y el malsano crepúsculo de herrumbre,  
amapola del aire lacerado

que se pincha en las púas de un gorjeo;  
y la febril estrella, lis de calosfrío,  
punto sobre las íes  
de las tinieblas;  
y el rojo cáliz del pezón macizo,  
sola flor de granado  
en la cima angustiosa del deseo,  
y la mandrágora del sueño amigo  
que crece en los escombros cotidianos  
—ay, todo el esplendor de la belleza  
y el bello amor que la concierta toda  
en un orbe de imanes arrobados.

Porque el tambor rotundo  
y las ricas bengalas que los címbalos  
tremolan en la altura de los cantos,  
se aniegan, ay, en un sabor de tierra amarga,  
cuando el hombre descubre en sus silencios  
que su hermoso lenguaje se le agosta,  
se le quema —confuso— en la garganta,  
exhausto de sentido;  
ay, su aéreo lenguaje de colores,  
que así se jacta del matiz esctricto  
en el humo aterrado de sus sienas  
o en el sol de sus tibios bermellones;  
él, que discurre en la ansiedad del labio  
como una lenta rosa enamorada;  
él, que cincela sus celos de paloma  
y modula sus látigos feroces;  
que salta en sus caídas  
con un ruidoso síncope de espumas;  
que prolonga el insomnio de su brasa  
en las mustias cenizas del oído;  
que oscuramente repta

e hinca enfurecido la palabra  
de hiel, la tuerta frase de ponzoña;  
él, que labra el amor del sacrificio  
en columnas de ritmos espirales,  
sí, todo él, lenguaje audaz del hombre,  
se le ahoga —confuso— en la garganta  
y de su gracia original no queda  
sino el horror de un pozo desecado  
que sostiene su mueca de agonía.

Porque el hombre descubre en sus silencios  
que su hermoso lenguaje se le agosta  
en el minuto mismo del quebranto,  
cuando los peces todos  
que en cautelosas órbitas discurren  
como estrellas de escamas, diminutas,  
por la entumida noche submarina,  
cuando los peces todos  
y el ulises salmón de los regresos  
y el delfín apolíneo, pez de dioses,  
deshacen su camino hacia las algas;  
cuando el tigre que huella  
la castidad del musgo  
con secretas pisadas de resorte  
y el bóreas de los ciervos presurosos  
y el cordero Luis XV, gemebundo,  
y el león babilónico  
que añora el alabastro de los frisos  
—¡flores de sangre, eternas,  
en el racimo inmemorial de las especies!—  
cuando todos inician el regreso  
a sus mudos letargos vegetales;  
cuando la aguda alondra se deslíe  
en el agua del alba,

mientras las aves todas  
y el solitario buho que medita  
con su antifaz de fósforo en la sombra,  
la golondrina de escritura hebrea  
y el pequeño gorrión, hambre en la nieve,  
mientras todas las aves se disipan  
en la noche enroscada del reptil;  
cuando todo —por fin— lo que anda o rept  
y todo lo que vuela o nada, todo,  
se encoge en un crujir de mariposas,  
regresa a sus orígenes  
y al origen fatal de sus orígenes,  
hasta que su eco mismo se reinstala  
en el primer silencio tenebroso.

Porque los bellos seres que transitan  
por el sopor añoso de la tierra  
—¡trasgos de sangre, libres  
en la pantalla de su sueño impuro!—  
todos se dan a un frenesí de muerte,  
ay, cuando el sauce  
acumula su llanto  
para urdir la substancia de un delirio  
en que —¡tú! ¡yo! ¡nosotros!— de repente,  
a fuerza de atar nombres destemplados,  
ay, no le queda sino el tronco prieto,  
desnudo de oración ante su estrella;  
cuando con él, desnudos, se sonrojan  
el álamo temblón de encanecida barba  
y el eucalipto rumoroso,  
témpano de follaje  
y tornillo sin fin de la estatura  
que se pierde en las nubes, persiguiéndose;  
y también el cerezo y el durazno



en su loca efusión de adolescentes  
y la angustia espantosa de la ceiba  
y todo cuanto nace de raíces,  
desde el heroico roble  
hasta la impúbera  
menta de boca helada;  
cuando las plantas de sumisas plantas  
retiran el ramaje presuntuoso,  
se esconde en sus ásperas raíces  
y en la acerba raíz de sus raíces  
y presas de un absurdo crecimiento  
se desarrollan hacia la semilla,  
hasta quedar inmóviles  
¡oh cementerios de talladas rosas!  
en los duros jardines de la piedra.

Porque desde el anciano roble heroico  
hasta la impúbera  
menta de boca helada,  
ay, todo cuanto nace de raíces  
establece sus tallos paralíticos  
en los duros jardines de la piedra,  
cuando el rubí de angélicos melindres  
y el diamante iracundo  
que fulmina a la luz con un reflejo,  
más el ario zafir de ojos azules  
y la geórgica esmeralda que se aniega  
en el abril de su robusta clorofila,  
una a una, las piedras delirantes,  
con sus lindas hermanas cenicientas,  
turquesa, lapislázuli, alabastro,  
pero también el oro prisionero  
y la plata de lengua fidedigna,  
ingenuo rui señor de los metales

que se ahoga en el agua de su canto;  
cuando las piedras finas  
y los metales exquisitos, todos,  
regresan a sus nidos subterráneos  
por las rutas candentes de la llama,  
ay, ciegos de su lustre,  
ay, ciegos de su ojo,  
que el ojo mismo,  
como un siniestro pájaro de humo,  
en su aterida combustión se arranca.

Porque raro metal o piedra rara,  
así como la roca escueta, lisa,  
que figura castillos  
son sólo naipes de aridez y escarcha,  
y así la arena de arrugados pechos  
y el humus maternal de entraña tibia,  
ay, todo se consume  
como un mohino crepitar de gozo,  
cuando la forma en sí, la forma pura,  
se entrega a la delicia de su muerte  
y en su sed de agotarla a grandes luces  
apura en una llama  
el aceite ritual de los sentidos,  
que sin labios, sin dedos, sin retinas,  
sí, paso a paso, muerte a muerte, locos,  
se acogen a sus tímidas matrices,  
mientras unos a otros se devoran  
al animal, la planta  
a la planta, la piedra  
a la piedra, el fuego  
al fuego, el mar  
al mar, la nube  
a la nube, el sol

hasta que todo este fecundo río  
de enamorado semen que conjuga,  
inaccesible al tedio,  
el suntuoso caudal de su apetito,  
no desemboca en sus entrañas mismas,  
en el acre silencio de sus fuentes,  
entre un fulgor de soles emboscados,  
en donde nada es ni nada está,  
donde el sueño no duele,  
donde nada ni nadie, nunca, está muriendo  
y solo ya, sobre la grandes aguas,  
flota el espíritu de Dios que gime  
con un llanto más llanto aún que el llanto,  
como si herido —¡ay, Él también!— por un cabello,  
por el ojo en almendra de esa muerte  
que emana de su boca,  
hubiese al fin ahogado su palabra sangrienta.

¡Aleluya, aleluya!

¡Tan-Tan! ¿Quién es? Es el Diablo,  
es una espesa fatiga,  
un ansia de trasponer  
estas lindes enemigas,  
este morir incesante,  
tenaz, esta muerte viva,  
¡oh Dios! que te está marando  
en tus hechuras estrictas,  
en las rosas y en las piedras,  
en las estrellas ariscas  
y en la carne que se gasta  
como una hoguera encendida,  
por el canto, por el sueño,

por el color de la vista.

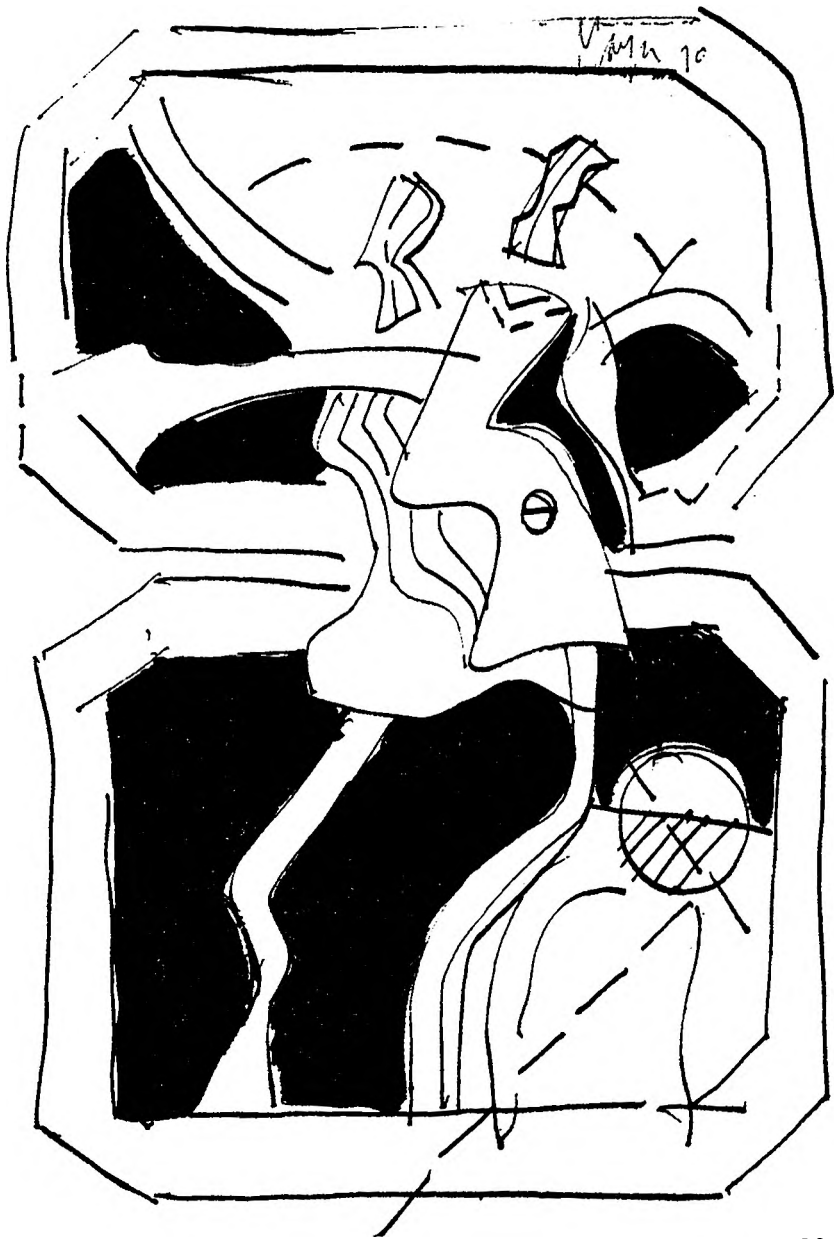
¡Tan-Tan! ¿Quién es? Es el Diablo,  
ay, una ciega alegría,  
un hambre de consumir  
el aire que se respira,  
la boca, el ojo, la mano;  
estas pungentes cosquillas  
de disfrutarnos enteros  
en sólo un golpe de risa,  
ay, esta muerte insultante,  
procaz, que nos asesina  
a distancia, desde el gusto  
que tomamos en morirla,  
por una taza de té,  
por una apenas caricia.

¡Tan-Tan! ¿Quién es? Es el Diablo,  
es una muerte de hormigas  
incansables, que pululan  
¡oh Dios! sobre tus astillas;  
que acaso te han muerto allá,  
siglos de edades arriba,  
sin advertirlo nosotros,  
migajas, borra, cenizas  
de ti, que sigues presente  
como una estrella mentida  
por su sola luz, por una  
luz sin estrella, vacía,  
que llega al mundo escondiendo  
su catástrofe infinita.

(BAILE)

Desde mis ojos insomnes  
mi muerte me está acechando,  
me acecha, sí, me enamora  
con su ojo lánguido.  
¡Anda, putilla del rubor helado,  
anda, vámonos al diablo!









RAMON GALGUERA NOVEROLA

Nació en Villahermosa, Tab., en 1914. Actualmente reside en México apartado del medio literario.

Bibliografía: Examen de primer grado, 1951; Solar de soledades, 1964.



## LA FUGA INEVITABLE

Una noche me iré, junto a esa hora  
en que se ahogan todos los recuerdos,  
en que se pierden todos los luceros,  
con el sabor de la raíz amarga  
hasta el fondo del círculo más hondo,  
con el raudal de llanto contenido,  
mientras el grito estrangulado invierte  
su trayectoria de aguas desgarradas  
y me florece la sonrisa mártir.

Una noche me iré, con el seguro  
convencimiento de que estuve solo,  
con una inmensa soledad de piedra;  
de que me halló la hora del retorno,  
desprovisto de toda cosa humana,  
sin huellas de cariños ni rencores.

Una noche me iré, como he venido,  
negado a toda voz y a toda imagen  
y con todos los ámbitos vacíos.

## ANTICIPADA VISION DE TU RETORNO

Un manojo de lirios para el retorno,  
cuando me traiga el soplo de antiguos mares  
el aroma temprano de tu presencia.

Viene tu cuerpo frágil, sobre las olas,  
y los pañuelos ágiles de las gaviotas  
tiemblan sobre tus hombros por darte alas.

Mientras la luna lava su encajería  
en el topacio claro de las mareas,  
tus ojos se han volado junto a los sueños.

Por seguir el ejemplo de esbeltos mástiles,  
con los brazos en alto, barres las nubes  
y alguna estrella queda presa en tus manos.

Sólo tu cabellera se esmalta en sombras  
y flota al soplo tibio de brisas leves  
igual que de piratas negra bandera.

En tanto, soy un barco surto en la rada,  
tirada el ancla dulce de la esperanza  
y sordo al canto fácil de las sirenas.

Yo sólo quiero el viento de tus palabras,  
la flor tuberculosa de tus mejillas  
y el lirio quebradizo de tu figura.

Me hallarás con las manos hacia tu estrella,  
las pupilas perennes hacia tus rutas  
como dos mariposas fijas a un muro.

## EL NIÑO DEL ODIÓ INUSITADO

Me ha sorprendido  
la llama sin calor  
con que unos ojos  
estacionaron, en sus aguas trágicas,  
el heraldo del odio y la perfidia;  
me han sorprendido

las palabras ácidas  
en que una boca, a vuelo de claveles,  
nos da la marejada del insulto,  
nos llueve la amenaza y la diatriba.

El niño que se dio como el silencio  
de las tardes nubladas y tranquilas,  
con una sencillez de espejo roto  
y con un natural desprendimiento  
de incienso, de vellón y de perfumes,  
hundió en las aguas sordas de rencores  
las manos de azahar y de aceituna.

Trasmutación de cálices extremos  
donde queda la brisa convertida  
en un grito de vientos desatados.

El niño me miró con esos fuegos  
en que se hielan todos los anhelos,  
en que sucumben todos los altares,  
con esa nieve, a llamas conseguida  
tras un arder nocturno entre la lumbre  
de ser hielo en las vastas soledades.

El niño me miró como se miran  
los cofres herrumbrosos de la intriga  
que un afán de misterios defraudaron.

Hubo en su boca el agua sulfurosa,  
un vapor de pantanos que estuvieron  
sofocando sus voces vengadoras,  
y me entregó los vidrios del desprecio  
en las manos mojadas de rencores.

Ay, El Niño del Odio Inusitado,  
luce corona donde negras sierpes

la noche de cabellos suplantaron;  
un surco, del arado más oscuro,  
le nubló el jazminero de la frente,  
le arrebató los salmos de la vida;  
una serie de eléctricos resortes  
le eternizó las manos repelentes,  
le envenenó la savia preferida.

Ay, El Niño del Odio Inusitado,  
tendrá negro el semblante de la muerte  
y, retorcido a convulsiones trágicas,  
será el tronco del árbol incendiado.

## LA NOCHE Y MI MADRE

Estoy en el rincón  
más oscuro del tiempo,  
fastidiado en la danza  
de las voces alternas,  
con el matiz opaco  
de marfiles ancianos,  
en la quietud serena  
de recordar historias.

Pero mi madre, múltiple  
como el pan y los peces,  
que tiene una sonrisa  
de ángel crucificado  
y unos ojos tan tristes  
—negra Semana Santa  
sin Sábado de Gloria—,

vive una flor de menta  
junto al valle de sombras.

Frente a la luz cruzada  
de la imagen inválida,  
con el aire sonoro  
que hay en sus oraciones,  
y sus dedos tan finos  
de hojear viejos misales,  
sinfoniza los vientos  
de un otoño empastado.

Desde que tengo el sueño  
perforado de angustias,  
lleva un ramo en los párpados  
de jacintos inmóviles  
y aguarda, con las manos  
inseguras y avaras,  
que caiga la corola  
rubia de maravilla.

Madre, la noche pronto  
guardará silenciosa  
sus tocados de viuda;  
florecerá el milagro.  
Madre, vendrá la niña,  
"la de rosados dedos",  
agitando en las manos  
la sonaja del día.

## UNOS HOMBRES

He conocido a los hombres  
con un pasado, con una historia inconfesable  
escrita junto a los muelles,  
en el libro sin sangre  
de las madrugadas;  
tenían una mirada ausente  
como de niños soñadores  
cuando la Noche de Reyes,  
o como de muchachas románticas  
que aún leen las novelas  
de doña Elynor Glyn;  
sin embargo, sus pies duros de raíces,  
se afianzaban a la tierra cruel  
de una realidad sin sonrisas  
porque sedientos buceadores  
—junto al escenario sin límites de los puertos—  
nada encontraron en el descubrimiento  
cotidiano de las alboradas.

Los he visto con el cigarrillo sucio  
entre los labios,  
y un pañuelo anudado al cuello  
—anticipo siniestro de la horca—  
casi petrificados de ignominia;  
los labios hechos para el mordisco  
y el beso alcohólico,  
pero cuán desvalidas  
la mirada y la voz;  
hombres que degollaron  
a una mujer en cada puerto  
y a pesar de todo,  
con las ideas un poco tristes,



de las tardes de lluvia,  
con las palabras caídas  
de gotero y campanas anémicas.

He conocido a los hombres  
en los que cada idea y cada paso  
son como un golpe de mar;  
hombres que van a las tabernas  
en las noches de luna,  
a desahogar recuerdos  
con una tempestad  
de buques náufragos  
y voces angustiadas;  
hombres que tienen la mirada triste  
de las prostitutas y de los huérfanos,  
hombres que lloran frente a una copa de ginebra  
que escuece y nubla los sentidos  
como el abrazo de la amante infiel;  
hombres que desprecian a los hombres  
de la tierra firme,  
a quienes llaman hipócritas  
con una voz crujida  
de velas desgarradas.

Hombres misteriosos,  
reservados y mudos,  
donde los pensamientos  
roen la negra profundidad de un pozo  
y sin embargo, accesibles  
a las miradas sin nubes;  
hombres del rencor creciente,  
con el ritmo de la marejada  
y la terquedad violenta  
de los elementos desatados,

pero a veces tan dulces,  
tan ingenuos, tan dóciles,  
con el alma de cera  
amasada de mieles y de bálsamos.

Examen de Primer Grado, 1951.

## EL NIÑO DE LOS LIRIOS IRREDENTOS

Estaba Dios juntando las cosas del crepúsculo  
y el Niño de los Lirios Irredentos  
ya era un dolor herido frente al muro  
del no ser,  
una ola de sueño escarnecido.

Un principio de luna jazminero  
le alumbraba el misterio de la frente,  
le hipnotizaba el áspide la sangre,  
el impulso de flor le contenía.

El Niño de los Lirios Irredentos  
vino del agua mansa de las tardes  
en rodado rumor de voz marina,  
atado al signo luz, a la increíble  
vida de ser las manos del paisaje.

Vino del Norte hombrón,  
del Sur llovido,  
del Oriente inicial  
y del Oeste  
que vive a derrumbados esplendores.

Tiene la carne azul  
y un cactus negro  
le crece en el recinto oscurecido.

Hay como un viento a luces sumergidas  
en la voz que se astilla incandescente  
y así nacer un alba de luceros.

Me clavó los cuchillos inocentes  
en un ver sin mirar.  
La luna nueva, en uña de cristal  
rayó la tierra  
porque regara tallos florecidos.

El Niño de los Lirios Irredentos  
irá buscando ocasos, junto al río,  
para robar al cesto de las tardes  
el fruto azul de jugo ennoblecido.

## ALTA NOCHE

A Carmen de Mora

Que venga el sueño y llueva sus arenas  
tibias y finas de aquietar las ramas,  
de aletargar a pájaros y flores,  
de esfumar los contornos,  
de apaciguar las aguas,  
de diluir los colores,  
para que cera de afinados tactos  
unte de sedativos alcanfores  
el mínimo derrumbe de los párpados  
y haga callar la voz con que los ojos  
fueron un ritornello de lágrimas y ruegos;

para que me rescaten las aguas submarinas  
y un navegar a remos intangibles  
me levante y sumerja, a un tiempo mismo,  
sin que el espacio doble su sentido;  
para que el tiempo entierre sus laureles  
y ya no pueda señalar las pautas  
ni medir el lugar sobre la tierra.

Esta noche me anego y se me cae  
la rosa de cristal. Hoy me crece  
una espina de sombras,  
un latido de llama en crucifijo,  
un herrumbroso clavo de miseria.

Esto de ser como invisible lámpara  
en mitad de la noche y del destino  
mientras la calle dura de silencios,  
velada, indiferente, casi etérea,  
es un río que lleva hacia la muerte.  
Y esto de ser la onda permanente,  
la flecha de nocturnos horizontes  
que hacia una luna de polar sustancia  
dirige sus impactos conmovidos.

Esta noche, derruidas catedrales. . .

Esta noche, raíces insistentes,  
agrietas metales hunden su tortura  
de fría soledad, de llanto seco,  
de lento agonizar entre las sábanas;  
y una imagen de mástil solitario  
me da, con inocencias de paloma,  
las espirales de un barreno ciego.

Para que Dios encienda los candiles  
de luces humilladas  
y pueda cobijarme una penumbra  
de cielo patriarcal en que las nubes  
nieblan una presencia de luceros;  
para que inversa luz aprisionada  
dé en el cristal que aleja las imágenes  
y borre la medalla con un nombre  
—un nombre de concisa arquitectura  
y un perfil con aromas definido—  
que venga el sueño y llueva sus arenas.

Cómo viniera el sueño que derrumba  
y ser un tronco así, tan sólo el tronco  
que arrastra la corriente de algún río,  
un río azul de párpados caídos,  
de aguas en que diluye su pereza  
el llanto de un violín narcotizado.  
Y más el sueño de certero hachazo,  
el sueño sueño de alargados túneles,  
el viaje viaje de perdidos rumbos,  
de inevitable ruta sin regreso.

### HABLO DESDE MI MUERTE

Aquel día, los hombres  
se acuñaron tan serios. . .  
Era cada perfil como un hachazo  
y los labios mordían  
un trapo negro y acre.  
Recuerdo que en el Puente de Octubre  
se instalaba un viento sedentario,

semejante a una guirnalda  
de adversos presagios  
y que, hasta las siemprevivas  
—siempre vivas—  
tenían un no sé qué  
de fatalista resignación.

Aquel día los hombres  
amanecieron con el cielo rígido,  
restirando las aguas y los vientos,  
colgados de la soga  
morada del silencio.  
Ni una amarilla flor,  
toda la sangre estrangulada,  
la frente sin luciérnagas ni grillos,  
desolada y gélida  
como panteón bajo la lluvia.

Qué decisiva espada, qué dureza  
cual ciega floración iba creciendo  
dentro de cada pozo, en cada túnel?  
Se diría que el viento se herrumbraba  
junto a los rostros de anulada historia.

Dónde estaban el pájaro y la brisa,  
el Angel de la Guarda y las espigas?  
Sólo la cicatriz y la saliva  
que dan los frutos negros de la tierra.

Yo que era un niño azul  
—alguna cinta que olvidó el costurero de la luna—  
había instalado las promesas y los bálsamos  
para que en cada esquina floreciera  
un girasol de iluminada espuma.

Estaba ciego y sonreía  
con una sonrisa de vereda rural,  
brillante de piedrecillas y sol abierto;  
pero los hombres, aquel día,  
amanecieron con los cabellos hirsutos  
y las manos secas,  
pesando hasta el sonido  
y la presencia del viento  
instalado como una lámpara  
en una habitación vacía.

Fue el día aquel tan largo y tan espeso,  
con las manecillas entumidas en todos los relojes;  
el día de la rosa enclaustrada  
y de la alondra en crucifijo.

Empezó a dolerme  
como el llanto de un niño mudo,  
algo como una tibia luz  
humillada y sin palabras;  
conspiraron las piedras y los árboles  
con su resignada madurez,  
de tal manera,  
que una rosa de cardos  
fue abriéndose caminos  
dentro del vaso oscuro.

Me preguntaba si el dolor  
llega como un viajero a tocarnos la puerta  
y si el crepúsculo,  
como las rosas y los cactus,  
se afina de espinas rencorosas.

La tarde se instaló con una gruesa  
cadena de presidio sobre el cuello,

inmóvil y amarilla  
como la mano cercenada de una momia.

Por una senda sin comienzo  
un hierro amargo vino  
y dejó caer su peso lúgubre.  
Yo, para entonces, era una tiniebla  
con voces de campana temblorosa;  
ya para entonces todos los caminos  
inventaban obstáculos,  
alzaban ciegos muros,  
borraban huellas y eclipsaban lunas,  
asesinaban puertos y estaciones,  
proscribían señales inocentes  
y la pequeña rosa de los vientos,  
la mía, liberada noche a noche  
con un poco de mar y otro de cielo,  
torturaba sus hélices de sueño,  
sus vagabundos pétalos,  
el corazón azul de su porfía.

Dónde estaban los niños  
—arquitectos del agua que regresa—  
y los adolescentes  
con naves de aventura?  
Qué procesión de esquinas traicionadas  
sin la confluencia vital,  
tercamente laboriosa de la hormiga.

Estaba solo, sin un árbol, sin una espiga,  
sin una mariposa, sin un lirio,  
con todos los enjambres silenciados,  
con todas las promesas oprimidas



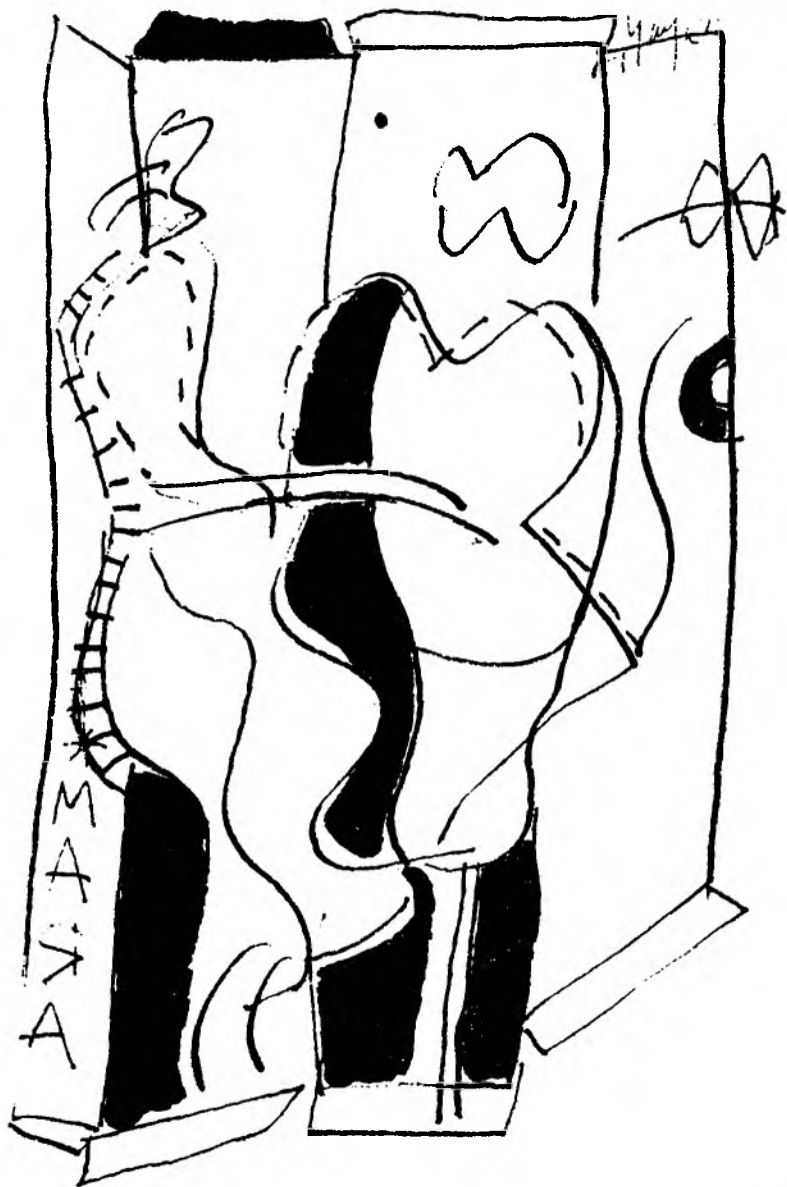
porque los hombres  
se acuñaron tan serios aquel día.

Cuando llegó la noche  
con sus pesados túmulos,  
con sus aristas como cuchillos  
de obsidiana,  
con sus acuáticas vegetaciones,  
con su contacto de reptiles amaestrados  
y su Eclesiastés salido de la tumba,  
ya me tocaba con la palabra perdiosera,  
ceñía mi frente  
con los aceites de la misericordia,  
me condolía en llaga y salivazo.

Cómo vino el descenso, la nube y el desmayo  
de conocer el náufrago latido?...  
Lo demás que lo cuenten la sogá y el disparo,  
el puñal y el veneno,  
mientras hallo una frase de perdón con olvido.

Solar de Soledades, 1964.







## TOMAS DIAZ BARTLETT

Nació en Tenosique, Tab., en 1919, haciendo allí sus primeros estudios. En México recibió el Título de Médico Cirujano. Al poco tiempo de ejercer la profesión, fue operado de un tumor en la columna vertebral, quedando, a consecuencia, inválido por más de siete años, en el Sanatorio Gastón Melo del Hospital General.

Bibliografía: Bajamar, 1951; Con displicencia de árbol, 1955; Oficio de cadáver, 1958.

Esta antología recoge parte de su obra en un homenaje póstumo.



## CON DISPLICENCIA DE ARBOL

Con displicencia de árbol,  
de agua que no pregunta y que sucede,  
de regazo de sombra,  
con los brazos de cauce que cuidando su arroyo se consuman,  
llevo mi corazón sobre los ojos,  
untándolo,  
como una espada de aire...  
de aire de mover rosas  
y de peinar ramajes.  
Y sin embargo,  
yo tengo que decirles muchas cosas:  
yo no soy de este rumbo,  
yo tengo el cuerpo verde,  
tatuado por el ángel de la siesta  
y unos pasos silvestres.

Por aquellos lugares  
se derrumba la noche,  
baja a ponernos guantes en los ojos,  
y entonces, no queda más remedio  
que alumbrarnos a gritos.  
Ustedes no lo saben; pero allá  
todas las cosas gritan.  
Yo también sé gritar,  
y es que a veces he visto  
un águila petrificada en un abismo;  
pero ella  
siempre siguió gritando que era un águila.

Y hoy que voy a gritar,  
yo quiero contestarme  
sin un retraso de eco.  
¡Y tengo que gritar!  
¿Acaso no han escrito  
las piernas y los senos  
preguntando a mis manos  
el porqué de su ausencia?  
... y mis manos se curvan  
y modelan el viento  
entre estos cuatro muros de abstinencia.

Y todas estas cosas que hoy les digo,  
no son ni más ni menos que una gotita de agua;  
son así,  
como el dolor da lágrimas y la noche rocío...  
Yo no sé si hayan visto  
cómo una gota de agua  
parece ser el más transparente de los ojos  
y el que mira más hondo...  
por eso estoy dispuesto a quitarme las ropas.  
¡Voy a apredrearme a gritos las entrañas!

El enfermo se inmola en su herísmo;  
pero yo,  
no tengo la voz de héroe  
y me grito hacia dentro.  
¡Que tiemblen las paredes de mi pozo!  
¡Que se estrellen los ecos en sus muros!  
Así estaré despierto  
y más de pie que nunca;  
con displicencia de árbol  
y la pupila de agua,  
de agua que no pregunta y que sucede.



## EN MI CUARTO

Tengo cuatro paredes tan adentro,  
tan verdaderas,  
que son más cuatro y más paredes  
que estas cuatro paredes de mi cuarto.

Toda fuga imposible,  
si es estar prisionero  
y con la situación  
de tener yo, mi cárcel, dentro.

Hace cinco años que nos conocemos  
y no ha cesado su ofensiva quietud,  
su manera insultante  
de detener el tiempo.

Aquí he aprendido lo que vale una puerta  
—yo que tengo más muerte se lo digo—:  
todas ellas, de infinita ternura,  
abierto hacia los mundos el hueco de sus brazos,  
son amables.  
Cabe la humanidad en su condescendencia.

A veces,  
cuando me acuesto a remontar mi sangre  
y veo  
que de mi árbol genealógico  
soy la parte que duele,  
le digo a mi tristeza  
que soy de las paredes,  
que he de usar una muerte indiferente,  
de esas que no trasciendan  
más allá de mi cuerpo....

Al fin que la conozco,  
ya la he visto,  
podría reconocerla en cualquier sitio.

Con displicencia de árbol, 1954

### AQUI ME TIENES, VIDA . . .

Aquí me tienes, vida,  
ayudando a mi cuerpo.  
Él, que sabe de sobra sus labores,  
me equilibra en su poste.  
Yo, lo habito cariñoso  
como el hogar que fue hecho  
para mí, sobre mis hombros.  
Le adivino sus vigas paternas  
y un lugar semejante  
al que usaba mi madre  
para escribir las cartas a su esposo.  
Pero hay veces  
en que lo veo tan solo . . .  
Sin embargo,  
estoy bien amueblado para el ocio.  
Se apoltronan mis males  
en este exacto  
hecho para que quepa yo,  
solo, con mis afectos.

### BIEN SITUADO EN MI CUERPO

A Carlos A. Madrazo

Bien situado en mi cuerpo,  
muy dentro de esta piel que estoy llenando,

yo me denuncio:  
¡Me preocupa la muerte!  
Me asusta ese fastidio...  
Ese de no ocuparse de otra cosa  
más que de ser un muerto.  
¡Qué oficio el de cadáver!  
No lo entiendo...  
Y hay veces que interrogo al hastío  
para saber si viene de los cementerios.

### Y SI SUPIERA YO

Y si supiera yo,  
si tuviera tranquila la camisa  
sin que la azote el pecho,  
y le empuje la sangre,  
y la tiña de miedo.  
Si no estuviera a nuestro alcance el grito.  
Hay lejos tan cercanos,  
que nos desesperan;  
ignorancias de aquí,  
sueños de cosas que desconocemos.  
Puertas buscando casa,  
mucha pared, asfalto,  
y hasta un camino  
que se murió sin pasos,  
y aquí nos ubicamos,  
pretendiendo saber,  
qué nos penetra el sueño;  
y a seguir derramándose,  
a ver en cuales sílabas me quedo,  
qué zeta me defiende,

si una vocal me acusa;  
si me degüella alguna consonante,  
¿qué letra me defiende,  
qué palabra?

## ESTOY AQUI, MEDIDO POR UNA CAMA

Estoy aquí, medido por una cama,  
amontonado en mí,  
echado hasta la esquina de una sábana.  
No en las intimidades de una alcoba.  
No gozando blancuras: padeciéndolas.  
No es arrullo de manta; es vigilancia.  
Aquí le dan a uno sueño (de probeta)  
el hambre en matraces.

Todo vigila.  
Prohibido reir, delito el canto.  
Siempre hay frío;  
el sol tirita y sabe que  
hay consigna de silencio.  
Blanco de asepsia y verde de descanso...  
Estos sótanos  
se agarran con la vida  
buscándole a la sangre  
lo que tiene de tinta.

## NO VAYAS A CULPARME

No vayas a culparme  
hijo de mi alma...

Si no te traigo aquí,  
sobre este mundo,  
es porque te amo mucho . . .  
Yo te prefiero así:  
en puro amor construido,  
sabiéndote yo solo  
y con la complacencia  
de que un dolor no afila  
ni se detiene en hueso imaginado.  
¡Nunca me exijas cuerpo!  
Tendrás que estar fuera de mi pecho  
expuesto,  
esclavo de tu vida,  
deteniendo tus huesos.  
No te salgas de aquí,  
donde te tengo  
a cubierto de todo,  
de que te sepan,  
de que te apunten con un dedo de envidia,  
de que te apremie el sexo . . .  
Si supieras qué feas son las rodillas.  
Las barrigas, están llenas de tripas.  
Tú bien sabes las cosas  
que te he dicho del agua:  
pero, si vieras  
el agua de las alcantarillas . . .  
La rama de la rosa tiene espinas;  
la espiga crece pero no va al hambre.  
Hay codicia.  
No me culpes.

## ¡PERO SEÑOR!

¡Pero señor!  
¿Qué culpa tengo yo de mí  
si el camino estaba hecho?  
Yo tuve miedo de pisar la tierra,  
de estorbar a la luz,  
de molestar los aires.  
Yo era tímido.  
Después, sin suelas de zapatos,  
zapatos de algún pie.  
Pies que subían redondos  
hasta encajarse bajo las barrigas,  
y vi barrigas y vi pechos  
algunos pechos que llevaban senos  
y decidí quedarme...  
Uno está joven y decide quedarse  
a vivir entre pechos y  
piernas de mujer.  
El tiempo para, y uno se conforma.

De Oficio de Cadáver, 1958







## JOSE TIQUET

Nació en Paraíso, Tab. en 1924. Reside en México y desempeña un puesto burocrático en el Instituto Nacional de Bellas Artes.

Su segundo libro de poemas: SANGRE DE LEJANIA, sigue siendo el mejor (edición Cuadernos Americanos). Allí el poeta reconoce como patria al ambiente geográfico. El tercero: MARZO DE LABRIEGO, prólogo de Carlos Pellicer y Manuel R. Mora (1965) (ediciones Cuadernos Americanos). Es un conjunto de poemas que prolongan la imagen tropical incursionando a temas históricos y sociales. Otros: Nuestra voz, 1951. Los Remeros del Alba, 1961. Sólo un hombre (1964). Colabora en diversas publicaciones periódicas de Villahermosa.



## EL SILENCIO SE ESCRIBE

A Elvira Gascón

### I

Bajo el sonoro paso  
de todas las palabras,  
ha caído el silencio.

Desnudo como el alma de los niños  
crece lleno de gritos. Como invierno  
agredido de flores, esta persona oscura,  
breve de vientre y noche nunca vista,  
jamás sabrá olvidar  
la muerte y el sonido  
que nacen de su nombre y de su cuerpo.

Y esta noche el silencio siembra perros;  
siembra un río de sueños  
a costa del color invadido de espinas,  
a espaldas de los lechos,  
sobre las tardes sucias de la sangre  
y del incendio inútil de los que nunca duermen.

Yo le digo al silencio:  
llegaste cuando el lirio todavía  
no era el suceso blanco;  
¿y en qué sitio del viento  
se quedó tu cabeza transparente,  
tu cabeza de vidrio sin memoria?  
¿En dónde está reunida de hilo en hilo  
la claridad de tus mejores días?  
¿Dónde la casa tuya —cadáver del sonido—  
sin puertas de salida?

Hoy, atrás de tus ojos, más allá  
de toda tu ropa limpia,  
ciego yo con tu voz de llave rota,  
triste de toda risa con tu cárcel,  
ahora yo te siento  
esqueleto de fuego,  
de fuego pronunciando negros nombres;  
ahora yo te toco, simplemente,  
esqueleto de brasa con futuro de noche dura y quieta.

Sin embargo, recuerdo sólo un bosque  
—esbelto y verde grupo de subterráneo sueño—  
ácidamente alzando de hoja en hoja  
un murmullo vestido de madero.  
(Los árboles con ojos y sin prisas  
no crecieron a tientas;  
no pensaron tener destinos de humo:  
tan solos se quedaron preguntando de pie  
el por qué de la muerte sexual entre ellos mismos).

En esta misma noche —llena de galgos negros—  
el silencio y mi sangre  
hablaron del amor y de la muerte;  
eran tumbas extrañas; palabras en el hielo;  
tan atados de pájaros como el pulmón al viento.

Pero un viento manchado de campanas,  
y un ladrido sin dientes  
huyendo de algún perro,  
despertaron palabras en nosotros.  
Y pronto recordamos, alba apenas,  
la diminuta muerte de los niños:  
como aquél que despierta, meditando,  
con terrible pavor en los ojos ajenos.

## II

Silencio sin memoria,  
calvo de todo grito  
sin un cabello limpio de palabras.  
Yo te escucho llegar de tumba en tumba  
como hueso del aire  
sobre el verde camello del paisaje,  
de cadáver a pueblo  
y del pueblo hasta el sueño de alta vida  
desprendido de ti,  
huyendo de tu cuerpo a grandes muertes  
como cielo sin casa,  
saliendo ya persona, casi grito,  
de mis pálidas manos dispuestas a llover.

### COLUMNAS DE SOLEDAD

A Angel Suárez Rodríguez

Pertenezco a la raza de los tristes.  
De los únicos que a tumbos  
de soledad, construyen  
una casa inmortal para los lirios.  
De los que sólo caen porque tienen  
los golpes de la altura:  
nada ni nadie en luz hacia la muerte  
para ajustar las alas al hombre de la tierra.

¡Alejaos sonrisas tan fáciles y estériles  
mortales para el sueño de los tristes!  
Mirad bien lo que soy:  
la barrera que el alba pone al niño.

Y tú, suelta el oído, raza eufónica,  
que a ti te estoy hablando. Yo proclamo  
callada y tristemente que las nubes  
no son sino derrotas de infinito  
que bajan hasta el polvo con los astros.

¿Tendrá un sabor la lluvia  
de párpados angélicos?... Y el vencido vacío,  
¿será escalera anónima  
donde ascendió la nada y fue el hallazgo  
un dominio de frentes melancólicas?

Creed, creed un poco en estas búsquedas.  
Porque ¿cómo saber si el aire tiene  
un corazón de vidrio?  
Ha volado invisible palpitante de pájaros.  
Ha escuchado lo que el sentido ignora  
y lo que suena siempre en todas partes.

Venid, venid a ver lo que nos dio la nube.  
Mirad cómo nos limpia de calor  
la inarrugable brisa.  
Y nos consulta el aire con sus manos  
quizá por ser el único que estruja  
con suavidad los perfiles oceánicos.

Porque si acaso luce su palabra  
ésta se balancea con los árboles.  
Porque jamás ataca ni condena  
el color de la piel sobre los hombres  
a los que siempre por iguales besa.

A tí, mortal sin cielo:  
elévate, libértate

un poco más allá de tus cabellos,  
y escucha tu silencio desde el número  
sin número en la suma de la muerte:  
¿acaso existe el hombre que nos diga  
si el viento está escondido en el vacío  
porque nunca se le mira llorar?...  
¿Habéis acaso visto en primavera  
una tranquila savia,  
enjuta, simplemente, de calma vegetal?  
Para que lo comprendas  
es bueno que te pongas casi triste.  
Y recuérdalo siempre: no te guíes  
por la brújula falsa del espejo  
porque te nacerán los muros en la frente.

¡Guíate sólo a gritos!,  
y búscate en el alma el alma inédita.  
Y si adentro o por fuera nada encuentras,  
entonces, más te valiera  
no haber nacido nunca...

## EL RECUERDO

Al maestro Andrés Iduarte

Después de un hondo viaje por los sueños,  
por las almohadas húmedas del alba,  
como una espuma andando sobre arenas,  
o sobre azules olas —pasos de agua—,  
sandalia hasta en la huella del silencio,  
he vuelto a recordar lo que es mi casa.

¡Y yo en ningún lugar seré tristeza  
con domicilio justo como en mi propia casa!  
En ella muero a diario como todas las tardes,  
como todas las tardes que sin saber por qué  
viudas quedan a diario. . .

En las noches de insomnio  
pongo al silencio pasos con prisas de poema.  
Y hay ventanas abiertas, donde a veces,  
mi corazón se queda  
subiendo hasta la frente cuerpos tristes.

Y es que del moribundo tengo todo:  
la lucha de los garfios con la estrella.

Yo sé que siempre llevo con el cuerpo  
la más fiel estatura de mi muerte:  
el hombre sabe más del infinito cuando se pone triste  
y el viento del espacio con los pájaros  
que mil tormentas juntas en el cielo.

Todo se ve en mi casa, y es que en ella,  
el silencio se acuesta con la muerte:  
los dos conmigo nacen cuando duermo  
y van creciendo bajo el mismo techo.

Sin embargo, cuando estoy en mi alcoba,  
la tarde modifica ventanas a lo lejos  
y en ellas sólo miro, los colmillos  
invertidos del pino y de la sierra.

Y hay ventanas sin párpados de selva  
que me enseñan a usar mejor los ojos.

Yo no tengo retratos  
que sostengan la ausencia en las paredes.



Pienso y sueño en mis gentes, en mi madre,  
y como sé lanzar los ojos cuando escribo,  
allí lo miro todo  
de un modo tan azul como mira el océano. . .

Cuando cierro los ojos viene el mar a mi pecho,  
¡y sólo tengo el mar!: si el mar tuviera agujas,  
otra cosa sería de la espuma,  
y también de las velas que lanzaron los puertos. . .

Y me gusta el retorno a la inocencia  
en un borrón de páginas. Me siento  
sin la herencia del humo y de los años,  
liviano y casi duda como el árbol  
que nunca ha dado un grito con sus frutos.

Pero en ningún lugar yo soy tristeza  
con domicilio justo como en mi propia casa.  
¡Mi casa que se llena o se vacía  
de soledad conmigo al mismo tiempo!

## YO QUISIERA ESCRIBIR

A Tomás Díaz Bartlett

Yo quisiera escribir la voz del bronce  
con palabras sin fechas.  
Una palabra vasta como el cielo,  
enérgica y oculta, tan persona,  
tan camino al revés como mis huesos.

Quiero escribir el jugo entumecido  
de todos los océanos.

Quiero escribir la sed, inútilmente  
sospechoso del agua;  
y decirte, Tomás, que a veces pienso  
quedarme en el paisaje definido  
que cuidó para el verde  
tu vegetal espíritu en silencio.

Y gritar en azul el corazón del cielo.

Cantar desde la aurora  
una clara alegría para el viento.

Robarme el signo de alas  
con la noble salud de un noble ceibo:  
ese ceibo tan suyo como el aire,  
que crece complicando las grandezas  
reunidas en tu pueblo.

Nuestro pueblo, Tomás, aquel cercano  
acomodo de espuma y de recuerdo;  
allá donde las aguas purifican  
la soledad desnuda de los sueños;  
allá donde los ojos se visten de luceros;  
donde la madre dice  
la oración para el trueno;  
donde el viento agresivo va formando  
un don de tempestad:  
el surco de las aguas escogió nuestro suelo.

Yo sé que allá en la selva sí se sueña  
mirando cómo nacen de madera los versos.

Y las fuerzas, Tomás, de aquellos ríos,  
suben hasta el relámpago

pintador de raíces en la nube.  
Y cuentan los oídos  
que el mar tiene su origen desde el claro  
modo de reventar  
el azul del sonido.

Tu flecha es grande y habla  
la agilidad del vuelo.  
Siémbtrate en este siglo con el tema  
de insomnio y soledad.  
Toma todos los frutos del hachazo.  
El grito de un hallazgo a Usumacinta  
nombrará la palabra del helecho,  
porque tú eres la voz que doma al viento,  
y donas al metal  
las nupciales antorchas de los sueños.

En tus manos, la luna está pidiendo  
la caridad del cielo,  
pero guárdala y úntala en tu pecho,  
porque el amor te suena con un dolor de bala  
lanzado a quemarropa  
hacia tu lado izquierdo.  
Venga, Tomás, la música  
y el recuerdo con precios de sonido,  
que tú podrás decir la voz del bronce  
y gritar en azul el corazón del cielo.

## HACER LA MUERTE

A José Carlos Becerra

Hacer la muerte sólo  
por una vez. Hacerla de repente

por los ojos  
como se mira un árbol florecido;  
hacerla en el momento  
cuando toda la sangre al aire está;  
su transparencia de alas  
devolviendo palabras a la luz,  
al sueño, al silencio, a lo que no se va.

Porque cuando los ojos  
abiertos van a dar en el pan del paisaje,  
ya no se habla más.

Porque  
cuando la boca es fuga,  
el día sale menos vegetal.

La rosa entonces mira las raíces  
de su propia belleza en soledad.

Cuando se abren las manos habla el día.

Cuando se abre la sangre  
se oye qué caminar de los viejos caminos,  
se oyen pasar en una  
todas las fechas de ayer...

La herida entonces habla de caídas,  
prospera en el recuerdo de su ser.

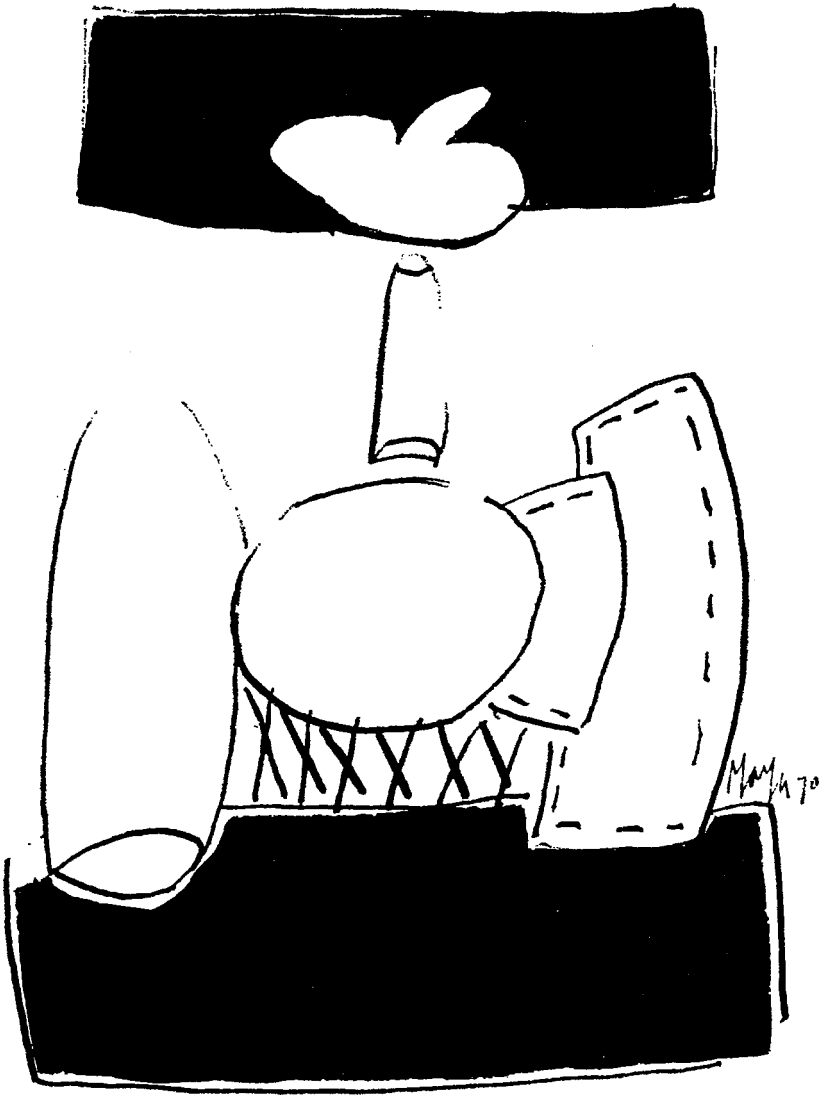
¿Y el corazón?  
Desde que su habla es habla de colores,  
se abren pueblos de brillo;  
su voz instala besos, sueños, mar.

Pero llega el amor abiertamente  
tan sólo por dejar. . .  
La muerte así —funcionaria evidente—  
llega y olvida recoger su pan.

Hacer la muerte sólo  
por una vez. Así, como quien tira lámparas  
y recuerdos y amor en mitad de la noche.  
Hacerla simplemente  
como cuando por fuera la desnudez gritó.

Hacerla  
sin nadie en la palabra,  
el cuerpo amando menos su estatura de llanto,  
extrañamente al agua. . . todo el mar,  
bien dispuesta la voz con su lirio apagado,  
sin familia en el gran vacío personal:  
qué anochecer la brisa en los aromas,  
qué descompuesto el día en mi reloj.









## ALICIA DELAVAL

Su nombre de pila: María del Pilar del Espíritu Santo. Nació en Villahermosa, Tab. donde hizo sus primeros estudios, terminando en México los superiores. Ha desempeñado puestos públicos de orden cultural: Directora de Difusión Cultural del Estado en 1959-61; Biblioteca "José Martí" 1961-63 y en un tiempo las ediciones del Gobierno del Estado de México. Fue catedrático de Literatura Española de 1947 a 1963 en la Universidad Juárez, en México ejerce las mismas funciones en Secundarias del D. F. En 1948 obtuvo el primer premio en el concurso cinematográfico de la revista Confidencias con el argumento "Bajo la lluvia"; el último premio en los juegos florales de Sahuayo, Mich. 1965, con el poema "Misa de Requiem a la memoria de mi padre". Libros de poemas inéditos: "Retorno al Gris", "De la nocturna Soledad", "Sonetos Intemporales", "Misa de requiem a la memoria de mi padre". Otros premios; EVA, pieza teatral en tres actos, primer premio en el IV Festival Dramático Nacional en la zona del Sureste, efectuado en Oaxaca en 1958; ABANICOS, primer premio en el Certamen de Teatro Regional de Tabasco en 1957, LA RAZON DE EXISTIR, pieza en tres actos; EL ESCRITOR, pieza en un acto; FAREWELL, monólogo; IXQUIC, ensayo tragedia mexicana; LAS MURALLAS DEL VIDRIO, pieza en tres actos; CUENTOS PARA ESTUDIADOS, segundo Premio en el Certamen de Teatro Infantil de Oaxaca, 1959. Cuento: EL HOMBRE QUE PERDIO SU SOMBRA, Primer premio en el Certamen de Cuento y novela Tabasqueños, "Tentilla Correade Carte", en 1955. En la actualidad, tiene publicada una novela, "LAS VIRGENES TERRESTRES", editada por OASIS, 1969.



## LA PALABRA ÁRBOL

La palabra árbol es redonda.

Cómo me duele su inmovilidad antigua  
aferrada al planeta.  
Toda una humanidad intocable de rumores,  
castigada  
a unos cuantos centímetros de tierra.

La palabra árbol es redonda.  
Desearía verlo girar  
haciendo jeroglíficos de sombra  
atravesando el bosque,  
dejando atrás la selva;  
como el aro de un niño que rueda alegremente,  
como un astro que avanza, por la noche,  
despertando estrellas.

Cómo quisiera verlo trasladarse  
por el viaje victorioso del camino  
la humilde trayectoria de la senda;  
como un viejo,  
con su carga de canciones de tiempo  
baja y sube, sube y baja  
por las cuestas.  
Trashumante, andarín y aventurero  
como pájaros o el viento,  
como el río  
que no presta el mismo espejo  
para grabar dos veces el gesto de las cosas.

Cómo me duele el árbol  
porque tal vez nos parecemos:  
la savia inquieta, el corazón viajero  
y los brazos abiertos a todo el horizonte  
hechos para rodar los sueños.  
Inmóvil, sin embargo,  
comprometido al surco y a la espera,  
con las raíces firmes  
tercamente destinadas a la tierra.

¡Cómo me duele el árbol  
tan redondo y tan quieto!  
Moneda nuevecita, reluciendo  
en el fondo del arca de un avaro,  
cuando podían comprarse tantos sueños.

¡Oh si el árbol se arrancara y caminara...  
y rendodo como un aro...  
y rodando como un astro...  
por el bosque de la vida se perdiera!

18 de abril de 1955

## SANGRE VERDE

Esta es mi sangre.  
La savia atardecida del cedro y del caoba  
ha encontrado su cauce  
prisionera en la malla de mis venas.

Inercia horizontal de cocodrilo  
y agridulce sabor de tamarindo

en un ocaso arbolado y lírico.  
Esa es mi sangre.

A veces  
lleva el "signo de gis interrogante"  
cuando cruza una garza solitaria  
el insultante azul...  
y esas tardes, tan lentas,  
provincianas  
con su matiz de hastío  
tienen iris y arcángel.

Lenta actitud frente a la vida...

Pero, a veces,  
qué canto tan vibrante:  
la selva se hace grito en mis arterias,  
se hace fiero torrente,  
la tormenta del trópico ulula  
...llueve;  
qué recipientes míseros los vasos,  
qué estrechas las paredes,  
y el corazón ¡qué angosto!  
El Grijalva, afán enloquecido,  
entre mi sangre roja se hace verde.

Marzo de 1952.

## NOCTURNO DE SOLEDAD

La noche tiene orillas:  
la frontera imprecisa del crepúsculo

y el umbral indeciso, donde el alba  
cuando el azul es sombra y es luciérnaga  
titilando sobre el cantil del día,  
hace llorar la rosa trasnochada.

La soledad es río sin riberas.  
Es océano sin playas,  
en la noche sin sueños ni quimeras.

El dolor tiene orillas:  
lleva signos en la sangre o en la herida,  
cuando duele en la carne,  
cuando sangran el amor o la sonrisa,  
cuando llora infeliz el pensamiento,  
pero al fin, cicatriza.

La muerte tiene orillas:  
se inicia en la angostura del deseo  
y presencia el milagro de la vida.  
Es la sombra y la cruz  
y es la frontera  
donde amamos los labios de la tierra.

La soledad es círculo sin puertas  
que nadie puede penetrar contigo.

Y en la nocturna hoguera  
donde la muerte y el dolor claudican...  
¡Sólo la Soledad no tiene orillas  
para saltar su amor sin esperanzas...!

Enero 1957.

## EL NIÑO DE LOS OJOS AJENOS

Agua de luz que no es para mi sed  
sobre un muro de sombras y de niebla,  
el niño de los ojos ajenos  
¡tan lejos de mi sueño!

Ayer lo conocí:  
se me enredó el mirar entre las zarzas  
de sus claras pupilas enemigas;  
contra la sangre extraña  
el río de mi sangre halló murallas,  
y me dejó más sola y más lejana.

Ayer lo conocí:  
—Velero de tu esencia navegando el océano de mi vida  
y fue otra flor,  
otro éxtasis,  
espiga  
doblándose en el agua de otra orilla,  
para mirar el pedernal oscuro  
de la vida.

Yo preparé mi cáliz de poesía  
—una palabra fácil al milagro—  
y otro grito brotó de su garganta,  
—disílabo amoroso de simples resonancias  
y sabor más profundo que la tierra.  
Yo preparé mis venas,  
mi azul elemental  
y otro color de linfa derramó sus vasos  
y tapicé de pétalos la gruta  
para el temblor exacto y el dolor intenso...  
mas me quedé inarmónica e intacta:

juncos de asombro aguardando el viento,  
jacintos mustios sobre el agua inerte y estancada.

Yo le debo rencor al niño rubio  
de los ojos ajenos,  
porque hizo extraños  
la canción, la cuna y el lucero.

Aunque tiene en su frente tus señales  
y el licor embriagante de tu risa  
estallada de astros y recuerdos,  
yo le debo rencor porque hizo ajenos  
la noche y el deseo,  
la primordial ternura,  
el nido, acolchado de anhelos,  
el pudor de la sangre  
y hasta el cáliz dispuesto.

Yo le debo rencor...  
porque hizo extraños  
la noche y el deseo,  
al niño de los ojos ajenos.  
Y me dejó horadando al horizonte  
estériles caminos de silencio.

Febrero de 1953.

## ELOGIO DE LA LLUVIA PROVINCIANA

Me gusta oír la lluvia.

Yo amo la tormenta



porque acalla las voces de mi sangre  
que apagadas en su tumulto, quedan.

Vivo caudal que se desplaza errante  
de montañas de nubes del océano celeste,  
hasta el tranquilo charco de los mares.

Viene de lejos siempre, de muy lejos,  
de cristales que cuidan con esmero  
los ángeles del cielo, nunca opaca.

¡Cómo me gusta verla despeñada,  
tumulto victorioso, arroyo cándido  
por provincianos techos de dos aguas...!

Amo tu percusión y tu cadencia  
música primitiva, americana,  
en el tunkul tenaz de la gotera,  
cuando veo que desnuda en la penumbra  
te entregas a la noche, ágil, sana  
y virgen amaneces la mañana.

Llovizna amortecida, bien quisiera,  
cuando la noche insomnio se me llega...  
que tus pañales de cristal cortaran.

De la ciudad de nunca a la ciudad de siempre  
vienes para alegrar las sementeras  
que alucinadas, tu visita aguardan.

En las grandes ciudades llueve formalmente  
en una prisa de autos y paraguas,  
y es la lluvia una cosa que entristece.

Porque en las urbes grises nadie te ama,  
no saborean tu voz —húmedo canto—  
y el mal humor comenta —¡Cómo llueve...!

Pero aquí en la provincia, te deseamos.  
Auscultamos tu mítica presencia  
con alegría sedienta y agorera.

Los piecitos leves de los niños  
chapotean en tu espejo su alborozo  
y, gozan de tu atávica fragancia.

Los árboles sacuden sus melenas,  
la entregan con fruición a tu tarea  
de dejarles brillantes cabelleras.

Y el alma agradecida se desprende  
de todas sus miserias y prejuicios  
para decir con gusto ¡Cómo llueve!

Oh lluvia provinciana, lluvia rural y agreste  
en cada bienvenida, te estrenamos  
con un marcado júbilo terrestre.





## AGENOR GONZALEZ VALENCIA

Nació en Villahermosa, Tab. en 1932, donde hizo sus primeros estudios. Becado por la S.E.P., realiza sus estudios secundarios en Mérida, Yuc. Obtiene en 1959 su título profesional de Licenciado en Derecho en la Universidad Juárez de Tabasco. Hoy es profesor de tiempo completo en la misma Universidad.

Trabajos desempeñados: zapatero, peluquero y mecánico en la adolescencia. Durante los gobiernos de Bartlett y Orrico de los Llanos fue Auxiliar de Prensa y Agente del Ministerio Público, así como representante del Gobierno ante el grupo especial de la Junta de Conciliación y Arbitraje y proyectista de sentencias del tribunal Superior de Justicia en México. Actualmente desempeña el cargo de Secretario General del Comité Deportivo Estatal del PRI en Tabasco. Otras actividades: Miembro del Instituto Mexicano de Cultura, pertenece también a la Asociación Tabasqueña de Periodistas y a la Asociación Mexicana de Periodistas. Colabora en periódicos villahermosinos actualmente, en pasadas ocasiones colaboró en Siempre, Mester y figuró en el Anuario de Poesía del INBA de 1963.



## MI CUERPO ES LA NATURALEZA

Natural, Naturaleza:

¿Eres madre de mi madre?  
¿Eres cuerpo de mi cuerpo?  
¡Si a todas partes que miro,  
por todas partes me encuentro!

Cielo, fuego, tierra, mar;  
lluvia, monte, piedra, viento.

¿No ves que el viento es mi aliento,  
los montes son mis cabellos,  
son piedra mi par de piernas  
y la lluvia mi cantar?

El cielo, el fuego y la tierra  
se confunden con mi cuerpo  
que es el mar.

¡En todas partes me miro!  
¡En todas partes me encuentro!

Y la luz que me compone,  
¡Divina, Divinidad!  
se descompone en palabras  
que forman una deidad.

Monte, lluvia, piedra, viento;  
cielo, fuego, tierra, mar.

¿Y la oscuridad?...  
Soñando en el platanar  
que viene, —viene la muerte?  
—Que viene la muerte ya.

—¿De dónde viene la muerte?  
—¡Prendida en la oscuridad!

Monte, lluvia, piedra, viento.  
Cielo, fuego, tierra, mar.

Busco mi cuerpo en el monte,  
busco mi cuerpo en el fuego,  
busco mi cuerpo en la piedra.  
¡Busco mi cuerpo en el viento!  
¡Busco mi cuerpo en el mar!

—¿Dónde está que no lo encuentro?  
—Prendido en la muerte va.

Monte, lluvia, piedra, viento.  
Cielo, fuego, tierra, mar.

## EL NIÑO Y LA PRIMAVERA

Vengo a sembrar contigo, Primavera,  
sonrisas en la aurora del rocío.  
Florecerá conmigo la pradera,  
ajena a los rigores del estío.

Un mundo se me entrega. ¡Todo es mío!  
¡Qué prisa la del tiempo en su carrera!



Se parece a las aguas de mi río,  
en busca de una tarde marinera.

Una canción de cuna, madre buena,  
me entregas en tu pecho de ternura  
como fragante ramo de azucena.

Primavera de amor, tu criatura  
se ha llenado los ojos de verdura  
y el alma de una herida nazarena.

## UN ANGELUS ETERNO ES LA TRISTEZA

a Francisco Gutiérrez Lomasto.

Rompe la llama al viento su corola.  
Sangra, por el ocaso, en luz perdida.  
Un soplo nada más, aliento o vida,  
enrojece los campos de amapola.

La calle es chica en el silencio. Y sola,  
se conmueve la altura entrometida.  
Un ángel precipita su caída  
soñando libertad a golpe de ola.

¡Al viento!, ¡al viento!, ¡al viento! ¡ruiseñores!  
Lanzad el trino amor hecho belleza  
que no hay trigo feliz, sin labradores.

¡Al viento, al viento, al viento dan las flores  
su perfume de olvido, sus colores  
¡y un ángelus eterno es la tristeza!

## CANTARO NEGRO

Agustina era negra.  
¡Cómo bailaba el danzón!  
Sus caderas tenían un ritmo lascivo,  
algo así como el ritmo del bongó.

Cuando Agustina bailaba el danzón,  
los ojos desaparecían de mi rostro  
y se ocultaban en su corazón.

Agustina era un cántaro negro,  
lleno del agua que nunca amaneció.  
Tan fresca, tan pura y tan limpia  
la negra Agustina,  
en mi tierra  
nadie notó su color.

## NOCTURNO

Es extraño ser rico.  
Más extraño es ser pobre  
y escribir un nocturno a la luz de una lámpara,  
y gritarle a la tierra tres o cuatro verdades,  
porque amarga la pena de los pobres y ricos,  
de los buenos y malos,  
de los negros y blancos.  
Y por más que le busco  
es en vano decirlo  
si las sumas y restas no dan cifras iguales.  
Es extraño escribir  
y decir estas cosas  
cuando ya los poetas desperdician las letras

en los bares y cines,  
en la de casa de Concha  
o en un verso al gobierno a cadena perpetua.  
Es extraño escribir y decir estas cosas.

## LA CARCEL

La cárcel está ciega,  
sudorosa de espesas amarguras  
y esperanzas estériles de nunca.  
La tierra le dio cuerpo en barro y hierro  
y el hombre su destino y las cadenas.

Un clarín no es el gallo de la aurora.  
—San Roque ha muerto sin perros ni metrallass  
El agua anuncia el paso de las horas  
tan gota a gota como es el sufrimiento.

La cárcel está ciega y muda de palabras,  
que apenas si se escribe en las paredes:  
“Aquí murió Jacinta abuso de confianza.  
Un mísero salario fue su vida”.  
“Aquí nació Jorge sin padre,  
mutilado le labios y apellido”.  
“Aquí Juan Huelga se hizo viejo.  
Tocaba por las plazas con campanas  
de luz que se apagaron”.  
“En esta cárcel, Rosa, dibujé tu imagen  
y el pan que no trajiste, porque el niño,  
tuvo cirios de sombras en la cara  
y un manojo de flores esa tarde”.  
“Aquí se hace justicia hermano mío  
y se ejecutan normas que apruebas los Señores”.

Un pájaro silvestre pierde el rumbo.  
Vuelve a la jaula de donde ha salido.  
Le falta el canto y ¿para qué las alas?  
Si libertad no es viento ni esperanza,  
ni plumas que se visten de colores,  
ni azucenas marchitas de perfume,  
ni mercados de Dios en una esquina,  
ni leyes que prohíben matar hambre,  
o asesinar maestros por la espalda,  
parir obreros a mitad de un parque,  
comer la espiga del dorado día,  
hurgar en basureros de las fábricas,  
romperse el corazón y los pulmones.  
¡Sangrar las manos apretando el puño!  
¡Golpearse fuerte contra tempestades!  
¡Buscar la libertad y hallar la muerte!...

¡Que me dejen tan sólo! ¿qué más quiero?  
¡Ser el ojo dormido de esta cárcel  
y llorar por mis alas prisionero!





## MARCO ANTONIO ACOSTA

Nació en Cárdenas, Tab., en 1934. Sus primeros poemas han sido publicados en revistas como Estos, Mester, Letras de Ayer y Hoy, Parva, Pájaro Cascabel, Suplementos culturales de Siempre, Excelsior, El Nacional, donde trabaja como crítico de teatro. Obtuvo mención de honor en 1968 por "Lenguaje Cotidiano", grupos de poemas enviados a los "II JUEGOS INTERNACIONALES DE POESIA JOVEN" en Arequipa, Perú, organizados por la revista "Jornada poética". En Tabasco, desde muy temprana edad colaboró en diarios capitalinos y en Cárdenas fundó "Tribuna de la Chontalpa", "Eco de la Chontalpa" y "Justicia Social", diarios que aparecieron en distintas fechas. Colaboró con la desaparecida revista ZONA FRANCA, dirigida por Juan Liscano, de Caracas, Venezuela; Cormorán y Delfín, que dirige Ariel Canzani, en Buenos Aires, Argentina; IGITUR, dirigida por Carlos A. Culleré, en Córdoba, Argentina. Estudió en la U.N.A.M. una carrera periodística.





## ESTA CORBATA

Mención de Honor en los Juegos Florales  
Internacionales de Poesía, Arequipa Perú.  
1968.

Esta corbata

es mi lenguaje  
pero tú puedes

usarla como yo  
Por ella muchos hermanos  
poseen diezmil diamantes  
como diezmil edades  
en el horario de la ira.  
Esta corbata

es de sol

y ha bebido el agua  
infinita de la tierra  
para rozar mi cuello  
y desde allí brillar  
con luz de sol obrero

Hablo sin ofenderla  
La amo como a mi amada  
y por ella defendería  
diezmil sueños de cultura

Si me exigieran quemarla

batallaría en su nombre

Si me la quitaran del cuello

estrangularía al verdugo.

Si por ella me hiriesen  
mi sangre

alfabeto *bibo*

seguiría lidiando por ella

en nombre del trabajo.

Pero si me exigieran quemarla

para salvar a mi hermano  
del hambre . . .

¡Yo sí. Yo sí que la quemaría!

## EL PAPEL

El papel no dice nada

la mano es la que cuenta

y si es de algún poetastro

seguro que no dice nada.

El silencio es papel de Dios

—un cielo como entre muchos  
donde el alba se evapora—

y si es el silencio de los críticos

seguramente que no dice nada.

El papel somos nosotros

y también el micrófono

la radio

la televisión

y el cerebro electrónico.

Pero el papel ay el papel ya no es la palabra  
del pueblo.

## MIS ZAPATOS

Mis zapatos andan por la noche

Después que el día cierra sus puertas al mundo  
mis zapatos las vuelven a abrir para andar  
por los horarios desconocidos del tiempo.

Los veo multiplicando las moradas del hombre  
y organizando a los obreros en las fábricas.

Los miro aporcar en los jardines los rosales  
del alba y tizar también las noches a la luna.

Lo que más me emociona de ellos  
es verlos calzar al naciente niño del día.

Pero cuando la tarde sale de paseo  
las ciudades parecen caminar al horizonte  
donde comienza el sueño de mis zapatos.

## LENGUAJE COTIDIANO

Para hablar en lenguaje cotidiano  
hay que traer el loro conmutador  
los amigos vendrán con frases nuevas  
y arderán ansiosos  
de alfabetizar  
a los mudos.

A la palabra hay que sacarla de los tinacos  
de las cantinas  
las sacristías  
y los arrabales.

Hay que asperjarla  
desde el tronco hasta las ramas  
para que nombre bien las cosas.

Para hablar amigo en lenguaje cotidiano  
hay que llevar a mesa redonda  
a todos los primates  
discutir de la televisión  
de la radio y del cine  
para que el pueblo  
se divierta.

Hablemos ahora del progreso y la técnica  
y vendrán otros loros  
a ensayar sus mejores  
discursos todo el día.

### DESCUELGA ESE TELEFONO

Descuelga ese teléfono de la confusión  
deja que ruede la voz  
y llegue al sol

Descuelga ese teléfono que no se cansa de llamar  
pon a tu lengua sal  
de la que llega del mar

Descuelga ese teléfono y rómpelo  
para que puedas entrar a la verdad  
sin pastillas de surrealismo

Si insiste el teléfono en aturdir  
incéndialo con mucha piedad  
o cierra su radioboca  
tal vez muerta su voz  
renazca el hombre

## ESTRUCTURAS DE HUMO

### Primera parte

Reproducidas  
por el viento  
vuelven ahora  
a su cáscara  
de tierra.  
Fueron un breve soplo de los árboles.

Han caído lentas de su dibujo  
Un sueño ahora las marchita.

Halos viscosos las deslíe.  
Aletean en sus oscuras cámaras.  
Nacidas del calor  
circulan lluvias  
todo el otoño.  
Quieren ya sus verdores horripilantes.

Comunican destellos de un mundo extraño.  
Larvas  
Grumos  
Hollines  
Pululan en la zona atmosférica del asco.  
La piel roñosa de los saurios las cubre.  
Temen la luz sus frágiles perfiles.

Establecen la noche  
que las oculta al sol.  
Sobre tambores bailan  
golpean  
corroen.  
No entierran a sus muertos.  
Se fortifican en la piel  
Allí fornican  
Degluten  
Se deleitan.  
El temblor las aviva  
El zumbido las salva.  
Flagelan  
Enajenan.

Arduas tenaces renacen  
El eco las alcanza  
y las barniza.  
Un vapor las nutre  
las protege.  
Entre formas borrosas  
vigilan.  
Después la amenaza las azuza.  
Un fuego gélido  
las borra del paisaje.

México, 1969.



MAMA 70





## DIONICIO MORALES

Nació en Cunduacán, Tab., en 1943. Fue Secretario de Redacción de la Revista de Poesía "Pájaro Cascabel". Coautor con Trelma Nava de la antología "Poesía de México", 1965. Autor de la antología "Poetas jóvenes de México", publicada por la Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1969. Tiene estudios de comercio y de letras españolas en la UNAM. Ha colaborado en el suplemento cultural de la revista Siempre, Revista de la Universidad, Revista de Bellas Artes, Pájaro Cascabel, Parva, etc., y en los suplementos culturales de los periódicos Excelsior, El Heraldo, El Nacional y Novedades. Ejerce, esporádicamente, la crítica de poesía y teatro. Radica en la ciudad de México.

Bibliografía: El Alba Anticipada, 1965 e Incripciones, 1967.



## SEÑALES

Amanece en el mundo

De un sobresalto uno despierta  
con la certeza de que el día anterior  
llovió toda la noche sobre la misma piedra  
y de que el viento horizontal  
depositó al primer pájaro del día  
en el árbol mas alto

Y uno no sabe qué hacer ante  
la realidad que todavía comienza  
si entristecerse llorar o descargar  
la cólera temprana sobre el día  
o simplemente sentarse y desde allí  
mirar cómo pasa la vida

Como una procesión de mariposas  
se abre el día

El sol el más alto vigía de la luz  
es el primer testigo

(Dios desde su bola de cristal  
da la cara —la de siempre— al mundo)

El sol de sí mismo desciende y crece  
como todos los muertos hacia abajo  
con sus lenguas de fuego

(Dios como por no dejar  
 nombra a todas las cosas de rutina)

Es la primera visión relampagueante

El aire abre todas sus puertas  
y ya están todos de pie  
sobre la tierra

Lenta es la noche

A ratos se oyen como un silbido  
nuestras pisadas en la alfombra

Son los preparativos para el amor

El lecho como una cripta aguarda  
De pronto el peso de nuestros cuerpos  
desnudos lo aligeran  
¡Ah! nuestros cuerpos enlazados  
principian el mundo  
y una vez más somos  
los primeros habitantes de la tierra  
los que en estos momentos  
no haremos descendencia  
y dejaremos aquí  
grabados en blanco nuestros nombres

Pero tú y yo como todos los demás  
no escribiremos la historia  
Será la misma  
siempre comenzada  
y siempre siempre repetida

Yo había dado mi corazón  
a que lo devoraran las hormigas  
cuando una mano  
—tu mano jovencísima—  
vino a poner sobre mi corazón  
su tacto humedecido

El primer estallido de la noche  
me trajo tu recuerdo

Estabas en una ciudad  
donde la música de los violines  
era trizada por el aire

La luz imperceptible casi negra  
decoloraba tu mirada  
y el cielo hacía llover  
su más límpido goce: su estatura

La noche altamente brillaba  
Entre todas las cosas  
tú eras lo más puro

Entreabriste tus ojos  
de sol enarenados  
y la mañana  
perezosa  
abrió sus alas



La vida

se ha quedado de pronto  
como una vieja prostituta: sola  
Sola hasta que el hombre enjubilado  
urgido cansado ya de sí y por  
tenerla a mano ahí se queda

Así la vida

como una vieja prostituta  
conformada se tiende a todos los que  
quieran pasar encima de ella  
irse o quedarse lo mismo da

Así la vida...

## INSCRIPCIONES

Deja la rosa donde está  
prendida al tallo  
más esbelto del aire  
O en nuestras propias tumbas  
Sobre todo

Decir "qué oscuro el tiempo"  
es lo mismo que hablar  
sin decir nada  
Más vale guardar  
silencio por un rato  
y de repente  
oír que un camarada —un poeta— grita:  
hoy ha muerto la rosa definitivamente  
y bien hecho

Que nadie diga:  
aquí no pasa nada  
Hay que amar y reflejarse  
en las pequeñas cosas  
en el mínimo estado de las cosas  
para poder decir:  
amo a la mujer al hombre  
lo que sea.

En el amor  
a la hora que sea  
hay que olvidar  
todo el ruido del mundo  
y devotamente practicarlo  
a la manera  
que cada quien se sepa  
Porque a esa hora  
acaso para siempre  
vamos a perpetuarnos

No es el caso salir  
gritar a la intemperie  
para que no nos oiga nadie  
(acaso el viento  
y nada nos importa)  
Hay que tomar de la mano  
al compañero y decirle  
que el mundo es más que esto  
que vive a nuestros ojos  
en el café  
la casa  
la oficina y etcétera  
y que nos acompañe

Ni qué decir

Alguna vez todos entristecemos

aunque sea muy dentro de nosotros

Pero eso sí

No se puede decir de ninguna manera

que nos avergonzamos

por todo lo que pasa y que no pasa

lejos de nosotros

Y eso compañeros

ni qué decir

debiera avergonzarnos





## NOTA EDITORIAL

Las instituciones culturales de México, sobre todo las de provincia, disponen generalmente de pocos recursos para la realización de sus tareas. Eso obliga a la mayor parte de ellas a una labor precaria y a veces, incluso, a una ausencia total de obras que vayan más allá de las simples y estrictamente obligatorias.

La Universidad "Juárez" Autónoma de Tabasco pertenece, por supuesto, al número de las instituciones que carecen de recursos; mas no a las que se resignan a constatar el hecho.

Regida en sus altos destinos por un intelectual responsable, entusiasta y de imaginación —el Dr. Ovidio González— la gran institución cultural del Sureste suple con iniciativas audaces y de indudable eficacia la carencia de elementos materiales.

Gracias a ellos ha podido cumplir sus tareas docentes en forma admirable; aumentar el número de facultades con edificios nuevos; crear importantes maestrías y llevar a efecto, constantemente, ciclos de conferencias con algunos de los más prestigiados intelectuales del país.

Insatisfecha con tan espléndida labor, la Universidad ha decidido ampliar sus metas con un Departamento Cultural que inicia sus tareas con la publicación de una antología de los mejores poetas del Estado, desde el cantor de sus ríos y selvas, el maestro Carlos Pellicer, hasta los de más reciente formación.

Conocedor del entusiasmo que la Universidad "Juárez" Autónoma de Tabasco pone en todas sus tareas, el Departamento de Difusión Cultural del Instituto Politécnico Nacional confía plenamente en el éxito de un organismo que se inicia bajo tan ambiciosos augurios y espera de su ejemplo un nuevo estímulo a su propio trabajo.

Antonio Rodríguez  
Departamento de Difusión  
Cultural del Instituto  
Politécnico Nacional.



## ÍNDICE

	págs.
Algunas consideraciones .....	9-17
José Carlos Becerra .....	21-38
Carlos Pellicer .....	41-61
José Gorostiza .....	65-91
Ramón Galguera Noverola .....	95-111
Tomás Díaz Bartlett .....	115-124
José Tiquet .....	127-139
Alicia Delaval .....	143-152
Agenor González Valencia .....	155-162
Marco Antonio Acosta .....	165-172
Dionicio Morales .....	175-189
Nota de Antonio Rodríguez .....	191



# UNIVERSIDAD "JUAREZ" AUTONOMA DE TABASCO

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Rector: Dr. y Lic. Ovidio González López

Secretario Gral.: Lic. Francisco Madrigal Moheno

Sec. Auxiliar: Lic. Alvaro Jiménez Vidal



RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS  
PÚBLICAS

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de febrero de 1971, en la Editorial Muñoz, S. A., privada del Dr. Márquez 81, México 7, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares. La selección, la corrección y la edición artística estuvieron a cargo de Marco Antonio Acosta.

Nº 1170

134461

FT/861.084/A563

ANTOLOGIA MODERNA DE POET

205990

